



LEONID DOBYCHIN
LA CIUDAD DE N

Traducción de Inés Goñi Alonso

Lectulandia

El «descubrimiento» de Dobychin en la década de los años noventa del pasado siglo veinte, supuso un revulsivo para la literatura rusa. Autor maldito, prohibido por el régimen estalinista, la obra de Dobychin había sido borrada de la historia de la literatura del país. Hasta entonces sus libros habían circulado únicamente en ediciones piratas, e incluso mecanografiados, entre un selecto grupo de autores y de intelectuales.

Existen pocos autores que, con una obra tan breve, hayan ejercido una influencia tan relevante en la última generación de escritores rusos (Sorokin, Yeroféiev, Pópov...). Autor de un puñado de cuentos y de esta única novela, *LA CIUDAD DE N*, Dobychin despliega una inaudita capacidad de concreción en la descripción de una sociedad de provincias rusas en la convulsa época revolucionaria. La novela, a modo de tapiz puntillista, logra evocar con un puñado de detalles en apariencia superficiales las complejas interacciones humanas que rodean la vida del protagonista, un niño que, en el transcurso de la misma, se convierte en un joven, y que es testigo de los profundos cambios que unos hechos en apariencia desconectados de su vida poseen para él y los que le rodean.

Novela famosa por la ambigüedad con la que se enfrenta a los hechos políticos que retrata, observándolos de lejos, pero logrando a la vez convertirlos en su principal tema, su estilo ha sido comparado con los de Nabókov o incluso Proust. La actual traducción, de Inés Goñi Alonso, logra mantener el grado exacto de precisión, ambigüedad y concreción que precisa el estilo del autor.

Una novela cuya tardía influencia en la literatura rusa actual resulta incalculable.

Lectulandia

Leonid Ivánovich Dobychin

La ciudad de N

ePub r1.0

Blok 21.11.14

Leonid Ivánovich Dobychin, 1935

Traducción: Inés Goñi Alonso

Postfacio: James Womack

Editor digital: Blok

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

En la calle lloviznaba. Los dobladillos de las faldas de *maman* y de Alexandra Lvovna Ley estaban un poco alzados y sujetos, por algunas partes, a unas bandas clásticas con hebillas cosidas al ceñidor. Estos elásticos se llamaban «pajes». Los guijarros de la calzada y los ladrillos de las aceras brillaban mojados. Caían gotas de los paraguas. En los rótulos, indios marrones desnudos con plumas en la cabeza fumaban.

—No los mires —decía *maman*.

De frente se alzaba la cárcel-castillo, con sus cuatro plantas y sus torres. Allí se celebraba la fiesta patronal de Nuestra Señora de los Dolores, y nosotros íbamos a misa. Alexandra Lvovna Ley moralizaba mientras *maman* asentía conmovida.

—No, desde luego —decían— sería difícil encontrar un lugar donde esta fiesta fuera más apropiada que en una cárcel.

Sonándose las narices, una imponente dama con un cuello de piel nos adelantó y, acercándose las lentes a los ojos, nos dirigió una mirada benevolente. Su rostro atezado parecía una ilustración de Chíchikov. Al llegar a las puertas, todas se detuvieron para deshebillarse los pajes, y la dama Chíchikov volvió a mirar en nuestra dirección. De las orejas le colgaban unos pendientes de piedra marrón con motas.

—Qué bella —observó *maman*.

Entramos en la iglesia y nos apelonamos junto al cajón de las velas. Durante la Preparación, las damas farfullaban mientras contaban la calderilla.

El padre Fiódor, ataviado con una túnica dorada con flores azules, nos saludó con la cabeza y dirigió el humo del incienso hacia nosotros. Yo me sentí halagado por tan amable bienvenida. Por detrás del castillo pasaba la vía del ferrocarril y se oían los silbidos del tren. Contemplé a la Virgen en el iconostasio. No era delgada y oscura, sino redondita, y su mantilla se inflaba hermosa por detrás. Me gustó. Los presos nos observaban desde el coro.

—Ponte derecho —me ordenó *maman*.

Se oyó un ruido de pasos y, santiguándose, aparecieron unas colegialas. La profesora las ordenó en filas. Hizo la señal de la cruz y, tras arreglarse la falda por detrás, volvió la cabeza para vérsela. A continuación, entornó los ojos, nos reconoció e hizo una reverencia.

—*Mademoiselle* Gorshkova —aclaró Alexandra Lvovna, devolviéndole el saludo. La dama Chíchikov nos lanzaba ojeadas furtivas de cuando en cuando.

De repente, el carcelero sacó el facistol y tosió. Todos nos acercamos. El padre Fiódor salió limpiándose las narices con un pañuelo. Se irguió y pronunció un sermón sobre los dolores.

—No debemos huir de ellos —decía—. Dios nos visita a través de ellos. Un santo que no tenía dolores lloraba amargamente: «Dios me ha olvidado», se lamentaba.

—¡Ah, qué gran verdad! —se admiraban las señoras mientras salían por la puerta volviendo a recogerse los pajes. Caía una lluvia ligera. *Mademoiselle* Gorshkova se acercó a nosotros. Alexandra Lvovna Ley nos la presentó. Las colegialas nos rodearon y, ahuyentadas por *mademoiselle* Gorshkova, se alejaron corriendo y de nuevo volvieron dando brincos. Yo me indigné con ellas.

Permanecimos allí varios minutos. Las locomotoras silbaban. El padre Fiódor trepó a su *drozhki*^[1] y, tras palmear al cochero en la espalda, partió. Nosotros conversábamos. Alexandra Lvovna Ley gesticulaba y murmuraba con voz de bajo.

—Cierto, cierto —asentía *maman* con el sombrero. *Mademoiselle* Gorshkova se arrojó con su boa de plumas, enarcó las cejas y entornó los ojos. Su mirada se posó en mí y su rostro delató un pensamiento. Me sentí intranquilo. Al mismo tiempo, la dama Chíchikov llegó al final de la calle, lanzó un último vistazo atrás y desapareció a la vuelta de la esquina.

Tras despedirnos de *mademoiselle* Gorshkova, hablamos de ella, elogiamos su buena educación y, ya en silencio, salimos a la calle principal. Las ruedas rechinaban. Los vendedores nos reclamaban desde los umbrales de sus tiendas invitándonos a entrar.

—Paremos aquí un momento —dijo de repente *maman*, y entramos tras ella a la librería de L. Kusman. La tienda estaba en penumbra y tenía un agradable olor a encuadernaciones y a globos terráqueos. La lánguida L. Kusman nos miró triste con sus ojos apagados.

—Os veo muy poco —comentó con dulzura.

—Deme una Historia Sagrada —pidió *maman*. Todas se volvieron y me observaron.

L. Kusman fijó sus ojos en mí, metió una ilustración en la Historia Sagrada y, tras envolver ágilmente la compra, nos la entregó.

—Un rublo con diez —anunció, y después añadió—: Para ustedes, un rublo.

La ilustración resultó ser de un ángel. Además de estar lacada, en algunas partes tenía relieve. *Maman* la pegó en el empapelado del comedor.

—Para que cuide de que comas como es debido —dijo.

Siempre que me sentaba a comer lo veía. «Qué bonito», pensaba yo con afecto.

2

Mi padre salió a la oficina pública en la que inscriben a los nuevos reclutas. *Maman*, aún sin vestir, vigilaba la limpieza de la casa. Yo tomé un libro y leí sobre cómo Chíchikov llegó a la ciudad de N y gustó a todos. Sobre cómo preparaban las carretelas e iban a donde los terratenientes y qué comían. Sobre cómo Manílov le tomó aprecio y desde su porche soñaba que el zar oía hablar de su amistad y los nombraba generales.

—¿Con qué se entretiene usted? —me preguntó *maman*. Siempre decía eso en lugar de «¿qué lee usted?».

—Llama a Cecilia —dijo—, y sal a pasear.

—¡Cecilia! —grité yo y ella, tan bajita, vino corriendo. Mientras se sacaba el delantal, metió la mano en su cofre llamado *skrynka*^[2]. Sonó una música en un castillo y apareció León XIII, que estaba pegado a la parte interior de la tapa.

Era un día soleado y la calle estaba radiante. Una oveja de chocolate brillaba en la vitrina de la panadería. Los carros traqueteaban. Al conversar, teníamos que gritar para entendernos. Observamos a una dama en la cristalera de una barbería y miramos los artículos religiosos expuestos en el escaparate del comerciante Piotr Mitrofánov. Resonó un desfile. La compañía se fue acercando mientras la orquesta tocaba resplandeciente. El director de orquesta Schmidt movía con majestuosidad la mano enguantada. *Madame* Strauss salió a todo correr de la charcutería con su vestido rojo y lo saludó interminablemente con una sonrisa beata. Arropándose en su pañuelo, L. Kusman se asomó a la puerta.

Se oyó un canto penetrante y apareció un séquito funerario. Un hombre enfundado en una camisa con puntilla llevaba una cruz; el preste católico encabezaba imponente la procesión.

—Allá —dijo Cecilia, devota, mirando al cielo—, reinarán las niñeras y las cocineras, y los señores las servirán. —Yo no me lo creí.

—Aquí parece que hay una callejuela bonita —señaló Cecilia.

Giramos y ante nosotros apareció una iglesia católica. Tenía el tejado rojo y sus muros blanqueaban tras las ramas. Sobre la valla, que se separaba de la calle en un semicírculo, había sentados unos indigentes. Cecilia aprovechó la ocasión y entramos. La iglesia ya estaba vacía, pero aún permanecía el mal olor de los feligreses. Junto a la puerta había dos mujeres de piedra y una de ellas se parecía a L. Kusman y se arropaba igual que ella. Les rezamos y, ya en paz, deambulamos un poco. Nuestros pasos retumbaban.

—Nuestra fe es la verdadera —se jactó Cecilia cuando salimos. Yo no estaba de acuerdo con ella.

Al otro lado de la calle vi a un niño morenito en una ventana y le di un codazo a Cecilia. Nos detuvimos y nos quedamos mirándolo. De repente el niño bizqueó los

ojos, se metió los dedos en las comisuras de la boca y, tirando de ellas hacia abajo, sacó la lengua. Yo exclamé horrorizado. Cecilia me tapó con su mano los ojos.

—Escupe —me ordenó, al tiempo que se santiguaba—. Jesús, María. —Y nos marchamos corriendo.

—Qué niño tan terrible —sentenció mi padre sobre lo sucedido. *Maman* lo miró con enfado. Le gustaba que todo se tomara en serio.

Hacia ya tres días que Alexandra Lvovna Ley no nos visitaba y, en la comida, hablamos de ella. Concluimos que estaría trabajando. Me sirvieron dos raciones de *kisel*^[3] para que recuperara cuanto antes las fuerzas que había perdido por el susto. En la pared frente a mí se encontraba el ángel de L. Kusman. Estaba encima de una nube con una palma. Sobre la cabeza le brillaba una estrella.

Vino Pshiborovski, el practicante. Con sus pelos en punta y su bigote espeso, recordaba a una imagen de Nietzsche. Mi padre se levantó, le ordenó que limpiara el instrumental y salió de la habitación.

—A los brazos de Morfeo —dijo Pshiborovski con deferencia, haciendo una reverencia tras él.

—Colóquese aquí —dispuso *maman*, aún sentada a la mesa—. Es mejor no encender una segunda lámpara.

—Por supuesto —respondió Pshiborovski.

Relucieron las diversas pinzas y tijeras.

—Hoy —dijo él mientras limpiaba— he tenido ocasión de ir a la iglesia católica. El sermón ha sido sublime.

Y continuó hablándole sobre nuestro deber de obediencia y de cumplir con nuestras obligaciones.

—Cierto —asintió *maman* con indulgencia y se quedó pensativa—. Pues hay un único Dios —añadió—, tan sólo las fes son distintas.

—Exacto —se emocionó Pshiborovski. Estaba radiante.

En estas deliberaciones nos sorprendió Alexandra Lvovna Ley. Nos alegramos, le calentamos la comida y le preguntamos sobre quién había nacido. A las siete me acostaron y cerré los ojos. De repente me vino a la mente el niño terrible. Salté de la cama. Las damas entraron corriendo preocupadas y se sentaron a mi lado hablando en susurros hasta que me dormí.

—No, pero Leikin —oí yo mientras me quedaba dormido—, ¿ha leído la parte en que se pierden en París, contratan a un cochero y le dicen la dirección? —y reían en voz baja.

3

La nieve caía sobre los guijarros. Todo se volvió silencioso. A Cecilia la despedimos. Ella despreciaba nuestra religión y esto llegó a oídos de *maman*.

Sonó la música desde el castillo de la *skrynka* y, una vez más, apareció el Papa León con el solideo y la esclavina. Conmovido, decidí despedirme de Cecilia amistosamente y llevarle pan y sal. Salé un trozo de pan y se lo ofrecí, pero ella lo rechazó.

La agente Kagan nos envió una nueva niñera. Era de los *uniatas* y esto gustó a todos.

—Existe incluso una medalla —nos decían los invitados— que conmemora la supresión de la unión.

Llegó la Navidad. *Maman* sonreía y se paseaba contenta.

—Me recuerda a mi infancia —repetía.

Los Beluguin la invitaron a celebrar el Año Nuevo. Peinada extraordinariamente con el pelo ondulado, se miraba erguida en el espejo. La iluminaban dos velas. De pie sobre una silla, yo le ataba los corchetes de la espalda del vestido. Mi padre ya se había puesto la levita. Nos roció con el pulverizador de perfume.

—Tengo el alma radiante —dijo *maman*, acercándose a él y tomándolo de la mano—. ¿Por qué será? Ni que hubiéramos ganado doscientos mil.

Cuando la niñera me hubo desvestido, me quedé pensando en qué haríamos con esa suma. Podríamos comprarnos una carretela y partir a la ciudad de N. Allí nos querrían. Yo trabaría amistad con Temístocles y Alcides Manílov.

La mañana fue agradable. Vinieron a felicitarnos guardas de las oficinas públicas, deshollinadores y bañeros.

—Bien, bien —decíamos, y les dábamos unos rublos.

El cartero trajo un fajo de postales y sobres con tarjetas de visita: orquestas de ángeles tocaban los violines, hombres en fraques y damas con vestidos de cola brindaban y sobre los nombres y patronímicos de nuestros conocidos aparecían impresas las coronas.

Maman, sonriente, se sentó junto a mí.

—Anoche —dijo— conocí a una dama que tiene un hijo llamado Serge. Debéis haceros amigos. Mañana vendrá a visitarnos. —Se levantó, miró el termómetro y me envió a pasear con la niñera.

Olía a nieve. Los cuervos graznaban. Los caballos de los cocheros trotaban sin prisa. Desde los tejados caían gotas.

—Aquél podría ser Serge —comentábamos la niñera y yo sobre los niños que nos gustaban. El gordo Strauss pasó en su carruaje ataviado con un abrigo gris y un pequeño sombrero con una pluma verde. Con una mano conducía y con la otra sujetaba a *madame* Strauss por la cintura. Llamaban de la catedral y todos se dirigieron hacia allí para contemplar el desfile.

Tras hacernos hueco a empujones entre la multitud, encontramos un sitio. Los soldados marchaban. Los agentes de policía, montados sobre sus grandes caballos, apartaban a la gente. Las campanas repicaron. Todos se estremecieron. Los confalones aparecieron inclinados en las puertas y a continuación se enderezaron. Se rezó un *Te Deum*. El desfile comenzó. Alguien me dio un pescozón. Era un alumno envuelto en un abrigo con botones dorados. Con el rostro alzado, seguía el movimiento de las nubes. Me recordó a nuestro ángel (en el empapelado del comedor) y me sentí conmovido. «Ay, pillín», pensé.

Regresamos a paso militar acompañados del sonido de la música cada vez más inaudible. Nos encontramos con mi padre, que había estado visitando diferentes lugares para felicitar a la gente. Me sentó en el trineo y me llevó. La niñera echó a correr tras nosotros.

Cuando llegamos, había un visitante en el sofá del salón. *Maman*, manteniendo la compostura, lo atendía. Él volteaba en sus manos el cenicero con la imagen *Dreyfus lee el boletín* y contaba que en San Petersburgo habían aparecido los neumáticos de caucho.

—Vayan —dijo—, y verán cómo los *drozhki* de los cocheros se mueven silenciosamente.

Durante la comida nos lamentamos de que Alexandra Lvovna no estuviera con nosotros. Mandamos a Pshiborovski a buscarla, pero resultó que la pobre estaba trabajando.

Por la noche tuvimos invitados y les hablamos de los neumáticos de caucho.

—¡Sí que avanza la ciencia! —se asombraron. Barbudos como sacados de la Historia Sagrada, se sentaron a jugar a las cartas. Mi padre a su lado parecía un jovenzuelo.

—Paso —anunciaban. Uno de ellos no jugaba esa ronda, y *maman* lo entretenía.

—Ayer —decía ella— conocí a la mujer del ingeniero Karmánova. Es una mujer muy agradable. No fue casualidad que, cuando me preparaba para ir a donde los Beluguin, estuviera llena de buenos presentimientos. Mañana vendrá a visitarnos.

—Y Serge también —añadí yo.

Por fin llegó la hora de su visita. La campanilla repiqueteó. Yo salí corriendo. La lámpara del recibidor iluminaba la estancia. *Maman* ya exclamaba de alegría. Ante ella sonreían, sonándose las narices y desprendiéndose de las pellizas, la dama Chíchikov y el niño terrible.

El ángel del comedor les gustó. La mujer del ingeniero lo observó a través de sus quevedos con diligencia y declaró que era extranjero. Yo estaba contento. Ella miraba con benevolencia. Llevaba una chaqueta de terciopelo azul con lentejuelas, un broche que reflejaba *El encuentro del amor* y un cinturón con la hebilla en forma de lira.

—¿Suelen ir a la fortaleza? —preguntó—. Allí los sábados se celebran *acatistas*.

Serge llevaba un traje verde. Me tomó de la mano y, llevándome aparte, me mostró que tenía la cremallera de los pantalones en la parte delantera.

—Como los mayores —dije yo, asombrado. Charlamos un ratito.

—Serge —pregunté, mirándolo de reojo—, ¿fuiste tú quien una vez me hizo una mueca horrible?

Él juró que no. Eso significó mucho para mí.

Cuando los invitados se hubieron marchado, mi padre entró a tomar el té. *Maman*, que no cabía en sí de gozo, canturreaba y reía con aire astuto.

—¿Sabes? —comentó—. Hemos acordado leer juntas a Leikin.

Yo también estaba alegre. Los dejé y me retiré silenciosamente al salón. Allí me apacigué junto a la chimenea y oí caer el follaje de los pinos. Una farola iluminaba una rama de abeto a través de la ventana. La lluvia plateada brillaba sobre ella.

—Serge, Serge, ah, Serge... —repetía yo.

Más adelante fuimos a visitarlos *maman* y yo. Nos besamos en el recibidor. La mujer del ingeniero nos presentó a su hija Sophie Samokvásova, que estudiaba en el liceo.

—Mucho gusto —dijo Sophie.

Tomándose mutuamente de la cintura, las damas pasaron a la habitación de la mujer del ingeniero, que se llamaba *boudoir*. Yo estreché la mano de Serge.

—Tú y yo somos como Manílov y Chíchikov.

Él no había leído sobre ellos. Yo le relaté cómo se habían hecho amigos y habían querido vivir juntos y dedicarse a las ciencias. Serge abrió el armario y sacó sus libros. Nos pusimos a examinarlos.

—Éste es Don Quijote —me mostró Serge—, era un tonto.

Antes de la hora del té, Sophie Samokvásova bailó para nosotros con un *echarpe*.

—Excelente —decía *maman* mientras aplaudía.

—¿Serge es buen chico? —me preguntó cuando regresábamos.

—Sí, es muy educado —respondí yo.

Esta vez, cuando Alexandra Lvovna entró corriendo en nuestra casa, nosotros la recibimos sin mucho interés. Ella prometió conseguirnos un álbum con muestras de indianas de la fábrica de Sarátov. Nosotros le hablamos de nuestra amistad con los Karmánov.

Al cabo de varios días acudimos con ellos a la bendición del agua. El sol ya calentaba un poco. Nosotros entornábamos los ojos desde el espolón. Por debajo se

agitaban los confalones. Destacaban los atuendos de los clérigos. Los abetos se oscurecían. Cuando dispararon los cañones, Sophie Samokvásova apareció corriendo, trayendo consigo al ingeniero Karmánov. Él medía menos que las damas.

—¡Un placer! —exclamó él, haciendo reverencias. Llevaba un gorro de uniforme. En los botones tenía anclas y hachas. Su barba estaba revuelta y parecía que no se la había peinado.

—La ceremonia de la bendición del agua ha sido deliciosa —dijo, y me guiñó un ojo a través de los quevedos. Cuando nos despedíamos, me invitó a la función de las oficinas ferroviarias.

Tras su marcha, nosotros cinco paseamos por el espolón y nos dirigimos a la fortaleza. Se veía su catedral blanca con las dos torres. Eran tan estrechas que de lejos parecían velas.

—Dicen que antes era una iglesia católica —comentó Sophie Samokvásova.

Las damas, absortas en su conversación sobre temas religiosos, se rezagaron. Yo charlaba con Serge entre risitas. Por nuestro lado pasó a toda prisa sobre el pescante una aristócrata con un soldado. Nos miramos el uno al otro y nos reímos, y Serge me enseñó una cancioncilla:

«*Madame* Chorlito
Sólo piensa en modelitos
Qué vestido se pondrá
Mañana para cenar»

Mi padre estaba de viaje aquel día. A la hora de comer, *maman* callaba. Perdida en agradables pensamientos, sonreía de vez en cuando.

—Los días se han vuelto notablemente más largos —dijo.

Se presentó un hombre de los Karmánov. Lo interrogamos y descubrimos que se llamaba Ludwig Chaplinski y que trabajaba en el depósito de trenes. Me llevó con él. Serge y el ingeniero me aguardaban.

Nos dirigimos al teatro en ese mismo coche. La orquesta militar estaba tocando allí bajo la dirección del señor Schmidt. En el abeto había lamparitas de diversos colores. El ingeniero nos informó de que eran eléctricas. Nos transportaron en caballos de juguete y después enviamos a Chaplinski a que los dejara en casa.

Serge ya estaba ahí. Él lo conocía todo bien. Me llevó al escenario y me contó que la imagen del telón se llamaba *El castillo de Chillón*.

—Escucha —me dijo de repente—, fui yo quien te hizo esa mueca horrible aquella vez.

Más tarde juró que no había sido él.

Los Karmánov se mudaron a la casa de Janek y ocuparon un apartamento de diez habitaciones. La más amplia de ellas se llamaba «sala». En ella planeaban hacer una representación en *Maslenitsa*^[4] con un verdadero telón de teatro. Los sábados acudían los colegiales a ensayar. Serge y yo una vez vimos un poco por casualidad. Sophie estaba arrodillada ante Kolia Lieberman y tenía la mano extendida hacia él.

—Alexánder —decía ella de una manera conmovedora—, ¡oh, perdóname!

A los Belugin los trasladaron a Jelgava. Cuando se estaban marchando, nos cedieron su apartamento en la casa de Janek. Ahora podíamos ver a los Karmánov a diario. Ellos nos enviaron a Chaplinski para que nos ayudara con la mudanza. Para frustración de *maman*, mi padre lo rechazó. Pshiborovski, que ya había empaquetado las cosas, se compadeció de ella.

El ángel que me había regalado L. Kusman no se desprendía y hubo que dejarlo. Me dio mucha pena. Lo besé. Empezaron a venir visitas, nos felicitaban por el traslado y nos regalaban empanadas y *pretzels*. A *maman* se le apareció de noche un señor que murió en la casa.

—Imagínense... —decía ella.

Siguiendo el consejo de Alexandra Lvovna Ley, invitamos al padre Fiódor. Éste rezó una plegaria. Alexandra Lvovna Ley, la mujer del ingeniero y Serge estuvieron presentes. Se cubrió la mesita amarilla con una servilleta. Sobre ella colocaron un icono y una ensaladera llena de agua. Tras entonar un himno, como en la iglesia, el padre Fiódor pasó por todas las habitaciones y las roció con el hisopo. Nosotros lo acompañamos. Le ofrecimos café.

Kagan, la agente, tuvo que volver a buscarnos una niñera. La uniata era insolente, así que *maman* la echó. Aún agitada, esa tarde no leyó a Leikin con la mujer del ingeniero, sino que charlaron juntas sobre el servicio. Alexandra Lvovna Ley entró a todo correr.

—¡Miren qué hallazgo! —exclamó, mientras giraba algo. Entonces vimos un cuadro: era Jesucristo con la corona de espinas.

—Excelente —asentimos. Resultaba, según explicó Alexandra Lvovna, que al salir de casa se había encontrado con la modista, la señora Plepis, y cada vez que la veía sucedía algo bueno. Entonces nos pusimos a hablar de encuentros afortunados.

La *Maslenitsa* se acercaba. Ya se cocinaban las primeras tortitas de prueba. Serge y yo escribimos una pieza teatral y fuimos a pedir a Sophie que hiciera de espectadora. Estaba con su amiga Elsa Budrij. Las dos se lanzaban miradas coquetas y bailaban, mientras cantaban delicadamente:

«Vamos, vamos, dulce ángel,
Baila una polca conmigo

¿Oyes, oyes esa polca,
Esa polca de son divino?»

Las invitamos. Sobre el escenario había una carretela. Los caballos trotaban. Selifán los arreaba. Nosotros guardábamos silencio. Manílovka nos esperaba, y allí, Alcides y Temístocles de pie en el porche y dados de la mano.

De repente apareció la mujer del ingeniero en la habitación para los espectadores.

—Sophie —dijo, caminando hacia las doncellas—, ahí está Iván Fomich. Ha venido a pedirte matrimonio.

Me apenó que se estropeará nuestra función. La nieve caía tras las ventanas. Se veía la tubería de los baños públicos de Senchenkov. De ella salía humo.

Iván Fomich trabajaba como inspector de una escuela de artes y oficios de verdad. Nosotros comenzamos a acudir a la iglesia de esa escuela. La parte frontal la ocupaban, con aire modesto, los alumnos. En el centro, profesores barbudos vestidos de uniforme y con los pelos en punta se santiguaban. Cuando volvíamos, las damas sólo tenían palabras de alabanza hacia ellos y los elogiaban por su devoción. A Serge le dio por jugar a ser estudiante de la escuela de artes y oficios, y la mujer del ingeniero nos mantenía al corriente de las noticias del lugar. Así nos enteramos de lo sucedido con el alumno de sexto, Vasia Strizhkin. Había fumado un cigarro a la hora de física y, con el consentimiento de sus padres, había sido azotado.

El invierno tocaba a su fin. El comisario de policía Lómov hizo su última salida en trineo y dio orden de retirar la nieve. Los *drozhki* volvieron a retumbar. Nuestras madres ayunaban y nos llevaban con ellas a la iglesia. En el techo de la catedral había un cielo con nubes y estrellas. Me gustaba observarlo.

Un día pasó a vernos la mujer del ingeniero con Serge. Había oído hablar de unos caramelos muy beneficiosos, los caramelos Merci, que se vendían en el puesto de Kriúkov, tras el espolón. Nos dirigimos allí. El sol brillaba. De los baños públicos salía gente con la piel enrojecida. Las vendedoras de *kvas*^[5] los detenían. Ahí mismo se encontraba el puesto farmacéutico. En él resplandecían los jabones y las esponjas. Nos cruzamos con el colegial que me había dado un pescozón en el desfile de Año Nuevo. Pasó silbando.

El caramelo Merci nos agradó. En el envoltorio había dos manos estrechándose. Eran caramelos pequeños, así que por un kilogramo compramos muchos. Mientras Serge y las damas vigilaban el peso, la hija de Kriúkov me llamó aparte y me regaló un melindre con forma de mujer.

Las calles ya se habían secado. El jardinero ya había apilado las hojas del año anterior bajo los árboles y las había quemado. L. Kusman ya había colocado postales de Pascua en mi ventana.

Un día después de comer yo paseaba por el patio. Serge salió.

—Mañana iremos a la fortaleza —me comunicó—, y vosotros vendréis con nosotros.

Resultó que la mujer del ingeniero planeaba ir allí a rezar por el difunto Samokvásov.

—¡Din, don! —llamaba la campana de la catedral. Nos santiguamos. Pferdchen se acercó a la ventana y sopló su silbato. Sus hijos corrieron a casa.

—¡Kinder! —gritamos tras ellos—. ¡Tee trinken! —y nos quedamos pensativos escuchando el repiqueteo de la campana. Hablamos de las tonterías que cuentan sobre los adultos. Dudábamos de que los señores y las señoras aristócratas hicieran tales cosas. Apareció un organillero, su alegre música envolvió el aire y nos sacudió.

—Vamos a los sótanos a ver a los porteros —me propuso Serge.

Bajamos a tuestas y, palpando la pared con una mano, hallamos las puertas. Los sótanos apestaban a indigentes. En las ventanas florecían geranios en cajas de hojalata. Desde una esquina llena de cuadros, como en la *skrynka* de Cecilia, sonreía con sus hombros estrechos el Papa León. Los porteros se despertaron y nos miraron desde el poyo.

—Sus hijos nos acosan —nos quejamos nosotros, como siempre.

—Les daremos una lección —respondieron ellos, como siempre.

Serge, Sophie y la mujer del ingeniero vinieron a buscarnos por la mañana. Enviamos a Pshiborovski por el *drozhki*. Él nos ofreció asiento y se quedó despidiéndonos con reverencia mientras nos alejábamos.

Era un día gris. Las campanas llamaban. Las mujeres alemanas, elegantemente vestidas, corrían a la iglesia luterana del brazo de sus maridos. Bajo sus brazos centelleaban los cortes dorados de los Salmos.

Comenzó a tronar, y el birlocho botaba por encima de los guijarros. Cuando llegamos al espolón, comenzó a rodar más silenciosamente. Desde lo alto podíamos ver cómo desempolvaban los colchones en los patios. El río corría en toda su anchura.

—La naturaleza se está despertando —dijo poéticamente Sophie. Las damas asintieron.

La fortaleza apareció por fin. Las cornejas graznaban desde sus árboles. Los caballos paseaban por los terraplenes. El agua brillaba en los fosos. En el agua se reflejaban las ventanas enrejadas. Las escrutamos con la mirada, preguntándonos si alguien observaría desde el interior. En los puentes, las ruedas dejaban de retumbar. De súbito se hizo el silencio y se oyó el ruido de cascos. Nos vinieron a la mente las

historias sobre los neumáticos de caucho.

Al salir del carro, nos quedamos en medio de la plaza admirando la belleza de la catedral. Delante de ella había un jardín cercado con cadenas. Estas cadenas estaban sujetas a pequeños cañones apuntando hacia arriba y quedaban suspendidas entre ellos.

Descubrí en un banco al colegial de Año Nuevo (el que me dio el pescozón). Estaba sentado acariciando las suaves flores de una rama de sauce.

Sophie rió.

—Ése es Vasia Strizhkin —señaló.

—Vasia —murmuré yo. Él miró en nuestra dirección. Yo me quedé embobado y dejé que las damas me adelantaran. Entonces tropecé y encontré una moneda de 5 kopeks.

Al día siguiente entró al patio Jankel, el panoramista, tocando la guitarra. Le di los cinco kopeks y él me cubrió con algo negro junto con la máquina, como si yo fuera un fotógrafo.

—*Eins, zwei, drei* —contó Jankel desde fuera.

Entonces vi todo aquello de lo que tanto había oído hablar, desde la *Expulsión de Adán y Eva del Paraíso* hasta la *Familia de Alexander III*. A mi alrededor la gente observaba con envidia.

El sábado anterior a la Pascua, cuando los *kulich*^[6] ya se estaban horneando, *maman* se encerró conmigo en el dormitorio, se sentó sobre la cama y me leyó el Evangelio. Me interesó especialmente el pasaje del discípulo amado. Me lo imaginaba con un abrigo con botones dorados, silbando y con una ramita de sauce en la mano.

El cartero de la tarde ya nos había traído unas cuantas postales y tarjetas de visita. «Cristo, el Señor, resucitó», nos escribía Pshiborovski. «¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!».

Me desperté en medio de la noche, cuando los adultos regresaron de los maitines. Me dieron permiso para levantarme. Llevados por los ánimos festivos, nos pusimos a comer un poco. Alexandra Lvovna Ley participó también.

La mañana siguiente salió soleada, con pequeñas nubes, como en la inesperada postal del conejito que habíamos recibido de *mademoiselle* Gorshkova. Por la ventana se oía el timbre. Los estruendosos birlochos traían invitados que nos felicitaban, pinchándonos con las barbas. *Maman* estaba radiante.

—Coman algo —les decía.

Con las manos cruzadas a la espalda, mi padre caminaba de un lado para otro.

—¡Cristo, el Señor, resucitó! —entonaba alegre.

El padre Fiódor llegó y, tras entonar una oración, roció con el hisopo la comida.

Tras el almuerzo vinieron a visitarnos los Kondrátiev con sus hijos. Andréi era de mi edad. Llevaba al cuello un lazo blanco con motas verdes y el pelo en punta, como Nietzsche y Pshiborovski. Me dieron ganas de trabar amistad con él, pero me retuvo

la lealtad a Serge.

Vi a Janek. Los castaños florecían. El sol brillaba bajo. Las nubes, como de borrego, estaban tintadas de rosa y lila. Tocado con un sombrero de copa, bajito y con una barba cana triangular, caminaba dando órdenes. Lo acompañaba el intendente Kantorek. Cuando le hablé a *maman* de este encuentro, ella se quedó pensativa.

—Yo nunca lo he visto —comentó ella, y mi padre se encogió de hombros. No le gustaba la gente que era más rica que nosotros. Ni siquiera había conocido a los Karmánov, a pesar de la insistencia de *maman*.

Los Kondrátiev pasaron a despedirse de nosotros y se trasladaron a los barracones. Nos invitaron a visitarlos, y un día por la mañana nos engalanamos, mandamos traer el carro, nos montamos y nos dirigimos allí. Pasamos por los baños, por el puesto de Kriúkov y por la mercería de Tekla Andrushkevich. En su pequeño escaparate colgaban velas atadas por la mecha y un adorno de abeto que era una viejecita de algodón con un arándano rojo. La carretera empedrada terminó. El camino se volvió más agradable. Tras los setos, los horticultores trabajaban entre el estiércol. Las alondras trinaban. Del bosque que había delante llegaba una música militar.

—Eso son los barracones —nos comunicó *maman*.

El barracón de los Kondrátiev estaba junto a la entrada. Sobre una columna brillaba una esfera de espejos dorados. El ordenanza Rajmatulla lavaba.

La señora Kondrátieva se levantó de un salto de la mecedora y corrió a nuestro encuentro. Nosotros elogiamos su jardín y subimos con ella a la veranda. Allí vi un libro con notas en los márgenes. «¡Eso depende!», decía una nota escrita a lápiz de copiar y humedecida. «¡Ajá!».

—Así habló Zaratustra —leyó el título *maman*.

—Lo está leyendo mi marido y hace anotaciones —nos explicó la señora Kondrátieva.

Andréi llegó y me mostró una cometa sobre la cual estaba pegado Eduardo VII vestido con una falda escocesa.

Nos fuimos a pasear y examinamos los campamentos. Nos topamos con el padre de Andréi. Era un hombre largo de rostro pequeño y tronco escurrido. Estaba sentado en el *drozhki*, envuelto en un capote que llevaba echado sobre un hombro.

—¡Voy a la ciudad a ver a un enfermo! —anunció.

Nosotros nos detuvimos para despedirlo.

—Cuando azotan a un soldado, él está presente —dijo Andréi.

La orquesta, cada vez más cercana, tocaba una marcha militar. Los cadetes pasaban rápido en bicicleta sin sujetarse al manillar. Las cocinas móviles tintineaban y emanaban olor a *schí*^[7].

De repente nos cubrió una nube, brotó la lluvia y rebotó contra los lampazos.

Esperamos resguardados bajo la caseta del guarda. Leí un cartel en el poste de la caseta:

«Divertimento multidisciplinar, orquesta, vodevil *El ordenanza nos la jugó*». Le conté a Andréi que una vez había estado en el teatro y que el abeto estaba iluminado con unas lamparitas eléctricas de colores y que en el telón había una imagen del castillo de Chillón. Le hablé de mi amistad con Serge, de Manílov y Chíchikov, y de que aún no sabía quién había sido el niño terrible, si había sido Serge o no.

—Y nunca lo sabrás —dijo Andréi.

—Así es —asentí yo.

Mientras conversábamos, bajamos hasta la orilla. El río estaba marrón. Una balsa pasaba rechinando por el remo. Al otro lado del río se extendían unas colinas labradas de poca altitud. Kolia Lieberman se estaba bañando. Estaba de pie, con aspecto adusto, exponiéndose al sol, y entonces recordé cómo Sophie lo había contemplado arrodillada.

—¡Oh, Alexánder! —había exclamado ella, retorciéndose las manos arrepentida—. ¡Oh, perdóname!

Ella no veía lo gordo que estaba ni lo peludo que era de la cabeza a los pies.

—¡Sí, sí! —respondió a esto Andréi—. ¡Cierto!

Sumidos en nuestros pensamientos, nos quedamos callados. Las marchas se oían a nuestras espaldas. Los peces saltaban y salpicaban el agua de vez en cuando. Rajmatulla llegó al puente con una pala y un montón de ropa blanca, como una lavandera.

Tuve que separarme de Serge. Se fue a pasar el verano a Samokvásovo con la mujer del ingeniero y Sophie.

Llegó el día de su marcha. *Maman* y yo fuimos a la estación con dulces. Iván Lomich, Chaplinski, el ingeniero y Elsa Budrij acudieron a despedirlos. A un lado de los viajeros vimos a la modista, la señora Plepis, rodeada de paquetes. Ella viajaba con los Karmánov para coser el ajuar. Llevaba un sombrero rojo y, desde su ínfima estatura, observaba a su alrededor. El ingeniero dispuso que nos abrieran las «habitaciones imperiales».

—Esto es muy agradable —comentó, sentado en una silla dorada. Nos trajeron champán y el rostro de la mujer del ingeniero se ensombreció.

—Esto ya es excesivo —dijo ella.

Aun así, bebimos y gritamos «¡hurra!». Sophie estaba contenta.

—Como en las novelas —comparó ella, relamiéndose y con la vista un poco enturbiada. Había finalizado sus estudios en el liceo y ya vestía como una dama. Llevaba una falda hasta el suelo, un corsé, un sombrero con plumas y unos guantes con bolitas. Todo ello le daba un aspecto pesado e imponente.

Regresamos debilitados.

—De todos modos —dijo *maman*, apoyándose en el respaldo del *drozhki* y sonriendo tiernamente—, es un poco mezquina.

Yo eché una cabezada. Pensé en la costurera, la señora Plepis, y en la felicidad que le brindaban a Alexandra Lvovna los encuentros con ella. Recordé mis propios encuentros con Vasia, la moneda de cinco kopeks que encontré en la fortaleza, y el melindre que me había regalado la hija de Kriúkov.

Pasamos el verano en un pueblo de la costa de Curlandia. Desde nuestras ventanas se veía un río con un transbordador y un pueblecito en la otra orilla. Una iglesia católica se alzaba sobre un montículo. A un lado salía del verdín un mástil sin bandera. Perteneecía a un *paláts*^[8].

De cuando en cuando venía a vernos, dejando en su puerta la dirección de la suplente, Alexandra Lvovna Ley Vestida de gala con un traje de indiana de Sarátov, un sombrero de amazona y una cadena con colgantes en la muñeca, respiraba ruidosamente.

—Para que los pulmones se ventilen mejor —nos aclaró.

Maman le contó que el conde había sorprendido en su bosque a dos mujeres que habían entrado a coger setas y las había zurrado, y ella se indignó.

Yo lo vi en una ocasión. Iba con la niñera al pueblecito por rosquillas. Los bañistas nadaban hacia el transbordador y se asían de la amarra. Un carruaje reluciente de cuatro caballos descendió a la orilla. El cochero llevaba puesta una pelerina de doble capa con botones plateados. El conde fumaba.

—Son católicos —dijo mi niñera e, inquieta, se encaminó hacia la iglesia rápidamente. Yo también me sentí emocionado.

La siega del heno ya había pasado. *Madame* Strauss visitaba a la farmacéutica von Bonin y, durante sus visitas, el director de orquesta Schmidt solía aparecer. El tiempo pasó volando. Empezamos a encender una lámpara a la hora de la cena. Finalmente llegó Pshiborovski y comenzamos a empaquetar.

Vino un cochero y dijo «*bonjour*». Nos contó que se lo habían enseñado unos viajeros militares. Arrancamos. Los propietarios se quedaron y nos observaron marchar. Resultó agradable y triste a la vez. La campanilla tintineaba.

—Hasta la vista, cruz de la curva —nos despedimos—. ¡Adiós, cigüeña!

Aquella misma noche vino a vernos la mujer del ingeniero y *maman* le contó que antes de dormir había corrido atravesando el huerto hasta el río vestida tan sólo con un mantón. Se había bañado mientras la cocinera, apenas visible en la oscuridad, la esperaba en la orilla con una toalla.

Volvieron a venir visitas a nuestra casa. Las damas se interesaban por el conde y preguntaban por su apariencia. Los señores jugaban al *vint*^[9]. Barbicanos todos, conversaban sobre la creación en Estados Unidos de una máquina parlante y decían también que la iluminación eléctrica debía de ser perjudicial para la vista.

Maman consultó con algunos de ellos y decidió que yo tenía que empezar a escribir. Le gustaba pedir consejo. Fuimos a la tienda de L. Kusman y le compramos cuadernos. Como siempre, L. Kusman, lánguida y melancólica, se arropaba y se encogía

—El verano pasa —nos decía—, y una lo ve pasar desde el mostrador.

—Es cierto —le respondió *maman*.

Me dio mucha pena y al llegar a casa, pedí permiso para salir al jardín. Quería pensar en soledad sobre los escritos que tenía por delante. Las hojas ya amarilleaban. El cielo estaba opaco. Las niñeras, gordas, con sus peinados campestres y sus chaquetas oscuras, estaban sentadas bajo unos castaños y cantaban a coro con voces muy finas:

«Pobre criatura
El conductor de Oriol.
Negra es su propiedad,
Su casa, un freno».

Al verme por la ventana, Serge salió corriendo. Me contó que un obispo vendría de Vítebsk y que después del servicio repartiría cruces con brillantes.

—Si las conseguimos —dije yo—, podríamos intercambiárnoslas, Serge, como símbolo de nuestra amistad.

Poco después el obispo vino y ofreció un servicio en la catedral. Nosotros acudimos. Al vestirse, él, antes de ponerse cada prenda, la besaba. Las cruces que repartió eran de hojalata, y nosotros se las dimos a los pobres.

Era el santo de los Kondrátiev. Había un gran ajetreo y confusión. Yo me escabullí al recibidor. Allí olía a yodoformo. Un *Panorama de Revel* y el *Zaratustra* con anotaciones en los márgenes yacían sobre una mesa. Andréi me encontró allí. Charlamos. Me sentía muy a gusto con él y, dado que yo ya tenía un amigo, dudaba de si esto era permisible.

Ahora, siempre que Alexandra Lvovna Ley nos visitaba, preguntaba por el reciente enlace matrimonial de Sophie.

—Septiembre —inquieta, comenzaba a contar con los dedos haciendo tintinear los colgantes del brazalete, sonreía y se quedaba pensativa—. Interesante, interesante —nos decía ella.

Un día me puse a escribir después de la comida. El sol iluminaba el jardín. La ventana estaba abierta. Se oían las voces de los Pferdchen. «Caftanes», copié del cuaderno de caligrafía, «verdes».

—Deja eso —me dijo mi padre. Iba a visitar a un enfermo y me quiso llevar con él. Era una tarde cálida. En el puente ya brillaba la electricidad. Echando bocanadas de humo, por debajo maniobraba un tren de mercancías. Los talleres que dirigía Karmánov se apiñaban oscurecidos por el hollín. Sobre el monte había una iglesia luterana con un gallo sobre el campanario. Aquí se terminaba el espolón y comenzaba la calle. Volvimos al anochecer. Ya se empezaban a ver las estrellas y los cocheros ya encendían los faros de sus vehículos. De repente se oyó un ruido desconocido. Nos detuvimos y nos giramos. Por nuestro lado pasaban *drozhki* silenciosos. Sus ruedas no retumbaban, sólo se oían los cascos. Nos miramos mutuamente y seguimos

escuchando.

—Neumáticos de caucho —comentamos por fin.

Aquel otoño mi padre se contagió realizando una autopsia y murió. Hasta que se lo llevaron a la iglesia, nuestra puerta principal estuvo abierta y todos podían entrar a nuestra casa. Los porteros nos visitaron muchas veces. En lugar de expulsarlos, la cocinera y la niñera salían corriendo a su encuentro y, rodeadas por ellos, les informaban de todas nuestras noticias.

En la misa de cuerpo presente la iglesia estaba abarrotada, y una amable dama de Vítebsk, que había venido especialmente al entierro, se recogió la cola del vestido, me llevó a un lado y se colocó conmigo junto a un crucifijo. Juan ante la cruz, que tenía un aspecto gentil, me recordó a Vasia. Conmoverme, observé las heridas de Jesucristo y pensé que Vasia también sufría. El padre Fiódor pronunció aquel día un sermón interesante: se dirigió a *maman* llamándola por su nombre y patronímico, como si estuviera de visita en nuestra casa, y le habló de «tú».

—Dios te ha enviado un dolor —dijo—, y en él te ha visitado.

Había un santo que no tenía dolores y se lamentaba por ello.

Ya de noche, cuando se habían marchado los últimos invitados y con nosotros tan sólo quedaba la dama de Vitebsk, que se empezó a quitar el vestido de cola y el tocado, nos dimos cuenta de lo grande que era ahora para nosotros ese apartamento.

Maman encontró otro no muy lejos de la iglesia luterana y nos trasladamos allí. Nuestra nueva casa era de madera, con una buhardilla y contraventanas. Al otro lado de la calle colgaba un *prétzel* de cobre de una puerta, y en la ventana había expuesta una iglesia católica blanca con pilares y estatuas de la que salía con elegancia un cortejo nupcial. Yo me ofrecí a salir por bollitos, y la encargada me dijo que todo aquello era de azúcar.

Cuando desembalábamos, nos lamentamos de que Pshiborovski ya no estuviera con nosotros y *maman*, vuelta de espaldas, lloró un poco. Cuando ya había oscurecido, se dispararon las sirenas de los talleres y desde las ventanas oímos a los trabajadores pasar corriendo por la calle. *Maman* se levantó y cerró la ventana porque desprendían un olor a aceite de maquinaria y hollín que entraba en la casa.

Pronto despedimos a la niñera y a la cocinera y, en su lugar, entró a trabajar con nosotros Rosalía por recomendación de la agente Kagan. Cantaba a menudo y además consultaba el breviario, aunque ni siquiera sabía leer.

Cuando queríamos acudir al cementerio, la enviábamos por un coche y venía montada en él desde la parada hasta casa. Solíamos ir al cementerio por la tarde y lo encontrábamos tranquilo, y decíamos que daba la sensación de que el invierno llegaría pronto.

En la marmolería fúnebre de I. Stúpel *maman* encargó una verja y un monumento. En la pared vi una imagen parecida a la Virgen de mejillas sonrosadas de la iglesia de la prisión. Debajo tenía escrito: «Madonna de San Sixto». Karmánov consiguió a *maman* un puesto de aprendiz en el telégrafo. Ella se puso un sombrero negro con

cola y salió, yo me puse a escribir y Rosalía me sirvió té, como a un adulto.

Tras las celebraciones tuve que comenzar a instruirme para el curso de preparación. *Maman* fue conmigo a ver a Gorshkova y llegó a un acuerdo con ella. Gorshkova vivía junto a la escuela de artes y oficios. Nos recibió vestida con una bata roja. Las paredes del recibidor estaban cubiertas de perchas. El papel de las paredes tenía un estampado de pagodas con tejados de muchos pisos.

—Venimos a hablarle de un asunto —dijo *maman*, y ella nos hizo pasar al salón. Yo me senté muy recto en el sofá. Por las ventanas se veía el atardecer y yo pensé que aquél debía de ser el color de las llamas y el humo de Naváрино.

Pasó la Navidad. Los Kondrátiev me regalaron cartonaje que representaba al Almirantazgo. Me gustaba mucho. Cuando me quedaba solo, lo observaba e imaginaba los magníficos edificios de la Ciudad de N.

La dama de Vítebsk nos escribió una larga carta contándonos lo que había hecho después de visitarnos.

«Lo recuerdo todo», escribía ella entre otras cosas. «La corona que depositó sobre el ataúd Karmánova, la mujer del ingeniero».

—Ah —dijo *maman*, con una sonrisa en la boca.

El día de Año Nuevo nevaba. Los visitantes llegaban en vehículos. Yo deambulé por los alrededores de la iglesia luterana y, a través de sus paredes, llegó a mis oídos la música del órgano.

El cartero dejó de traernos la *Gaceta Rusa* y comenzó a traer la *Bursátil*. *Maman* comprobaba la lotería, pero por el momento no nos había tocado nada. Tuvo que seguir yendo al telégrafo. Al cabo de varios días me enseñó cómo atar los cuadernos y los libros, y me llevó.

—Desde luego —comentó por el camino—, los días se han vuelto notablemente más largos.

Nos separamos en el soportal. Yo llamé al timbre. La guarda me dejó entrar. En casa de Gorshkova vi a la niña Sinítsina, que llevaba un collar, y al hijo de la guarda. Gorshkova les daba clase.

—«En vano» —les decía ella— significa «inútilmente».

Me hizo tomar asiento y comenzamos a escribir.

Por encima de la cama pendían una alfombra con una mujer y unos hombres españoles que tocaban la guitarra y una cubierta azul de reloj con Conchitas pegadas. *Mademoiselle* Gorshkova de vez en cuando se acostaba y fumaba, lánguida.

—El paraguas del borreguero —dictaba, y después soltaba el humo en anillos— está en el paragüero.

Osip, el hijo de la guarda, hacía rechinar la tiza contra el pizarrín. Escribía ahí para no gastar los cuadernos. Sinítsina derramaba manchas de tinta sobre su papel e, inclinándose, las lamía. La guarda entraba, encendía la lámpara y la pantalla de cartón dejaba nuestros rostros en la sombra. Entonces, acercándose a mí con la silla, *mademoiselle* Gorshkova asía mi mano bajo la mesa y no la soltaba.

A veces, cuando iba a clase, me encontraba con los Pferdchen. Envueltos en abrigos de piel con esclavinas, caminaban al paso. En una ocasión vi a Pshiborovski. Él reparó en mí desde lejos y se metió por una portezuela. Cuando la hube pasado, él salió.

Otro día también me crucé con Vasia Strizhkin. Pensé que después de aquello sucedería algo bueno. Y efectivamente, aquella tarde me salió bien la caligrafía, y al día siguiente *mademoiselle* Gorshkova me puso un sobresaliente.

Una vez, Alexandra Lvovna Ley me paró por la calle.

—Son las estrellas de la Gran Cuaresma —comentó con voz de bajo mirando al cielo, y a continuación me preguntó cuándo venía a visitarnos la mujer del ingeniero.

La nieve ya comenzaba a derretirse. El gallo y las gallinas caminaban por el patio con sus crestas rojas y emitían cacareos primaverales. Por el día de mi santo recibí una carta de Vítebsk. Vinieron los Karmánov, y Alexandra Lvovna Ley se puso a interrogarlos sobre el estado de Sophie.

—Pues vaya a visitarla —dijo la mujer del ingeniero.

Llegaron los Kondrátiev Andréi, en lugar de felicitarme «por el día de tu ángel» lo hizo «por el día de tu santo».

—Los ángeles son otra cosa totalmente distinta —aclaró.

Las damas estaban descontentas.

—Eso no lo debes juzgar tú —le dijeron.

Karmánova se mostró indignada.

—Mira que fustigar al chico y hacer sangre de esas tonterías —las regañó ella más tarde.

El 1 de abril^[10] estábamos libres y fuimos a visitarla. Era gracioso caminar por las calles.

—¡Tiene usted un gusano en la cabeza! —se gastaba bromas la gente.

Entre cuchicheos sobre Sophie y Alexandra Lvovna Ley, misteriosas, las damas se retiraron al *boudoir* y nos soltaron a Serge y a mí en el jardín. Allí, igual que

aquella vez, bajo los castaños estaban sentadas las niñeras. Desde el patio, los porteros miraban a través de la valla.

—Qué tontos —dijimos de ellos.

De repente, Edith Pferdchen llegó corriendo jadeante.

—Señores —gritó ella, gesticulando—. Van a pegar a Karl. ¿Quién quiere escuchar? He abierto la ventana.

Nosotros nos precipitamos tras ella. De una portezuela salió en nuestra dirección una chica delgadita y se quedó mirando con asombro. Algo en ella me recordó a la virgen de la iglesia de la prisión y a la de la marmolería fúnebre de I. Stúpel. La interina francesa *madame* Sourire la acompañaba.

—¿Quién es esa? —le pregunté a Serge mientras corríamos.

—Túsenka Siou —respondió él.

Cuando volví a casa con *maman* ya estaba oscuro. En el cielo, como en el techo de la catedral, había nubes y estrellas. Nos topamos con Kolia Lieberman en el viaducto. Estaba parado de pie, con aspecto rígido, mirando las llamas de debajo, y yo me imaginé a Túsenka Siou arrodillada, contemplándome con mirada triste y exclamando: «¡Alexánder, oh, perdóname!».

Poco después me la presentaron. Un día Chaplinski llamó a nuestra puerta después de la comida. Nos comunicó que Sophie había dado a luz a un niño. Entusiasmados, nos vestimos a todo correr y enviamos a buscar un coche.

De nuevo *maman* y la mujer del ingeniero se fueron al *boudoir* y nos enviaron a Serge y a mí al jardín. Igual que la otra vez, apareció Túsenka acompañada por la *madame*. Serge la saludó. Ella le devolvió el saludo, sonrojada. La sombra de una rama con brotes abiertos caía sobre ella. Yo miré a Serge.

—Éste es el hijo de una telegrafista —me presentó.

El día antes de los exámenes *mademoiselle* Gorshkova me contó que desde nuestro primer encuentro ella ya sintió que yo acudiría a ella. En su rostro se reflejó una expresión poética. Dijo que se aburriría sin mí.

—Vamos al jardín —me llamó después de despedir a Sinítsina y Ósip—. Observe, los manzanos están floreciendo.

—No, debo irme, gracias —respondí yo.

Ella salió a despedirme. Al volver la esquina miré hacia atrás y ella seguía en el porche, imponente y afligida, soltando el humo en anillos.

Maman estaba de guardia. Rosalía me dio té. Temblando, salí rumbo al examen. El sol ya abrasaba. El polvo volaba en susurros.

Los vendedores de helados esperaban en las esquinas con sus delantales. Alas puertas de la charcutería vi a *madame* Strauss. El director de orquesta Schmidt charlaba bajito con ella. Los cubría un brillante jamón dorado. Vasia Strizhkin, con una ramita de lila tras la oreja, se paró a observarlos. Yo le recé.

—Ay, Vasia —dije yo, y me santigué imperceptiblemente—, ayúdame.

La capitana ayudante Chiguildeieva vivía encima de nosotros en la buhardilla, y al final del invierno la conocimos y fuimos con ella al cementerio en el mismo coche. Cuando el verano llegó, nuestro trato con ella se volvió más cercano. Por las mañanas ella bajaba al jardín. Tras observar el parterre, tomaba asiento en una silla plegable de madera y se trasladaba con ella cuando se movía la sombra. Huesuda, envuelta en una bata marrón con flores amarillas y cuello de tul amarillo, se parecía a un cuadro con la inscripción «Todo en el pasado».

—¿Qué estás leyendo? —me preguntaba a veces, y yo se lo mostraba.

—Esto son libros de mayores —me dijo una vez, y subió a su buhardilla y me trajo un libro para niños—. *Amabilidad por amabilidad* —se llamaba el libro de cubierta dorada. Tenía una dedicatoria que decía que había sido entregado como reconocimiento de sus méritos a una alumna que había terminado el tercer curso. El libro contaba que los padres de Susanna eran personas ilustres. Que, como hacía buen tiempo, habían decidido organizar un *picnic*. La hija del alcalde, Elizaveta, también había sido invitada a pesar de no ser noble. Lo había pasado bien allí. Cuando la emperatriz expresó su intención de visitar la ciudad, el alcalde se encargó de que permitieran a Susanna dar el mensaje de bienvenida y entregarle las flores.

Los días pasaban, monótonos. Rosalía nos dejó.

—Adoctrináis demasiado —declaró.

Nosotros nos enojamos con ella por esto y, en el momento de hacer la liquidación, le retuvimos el coste de los zuecos que le habíamos regalado por Semana Santa. Después de ella vino Eugenia, que era ortodoxa y una pelota.

Cercaron el bosque que comenzaba detrás de la calle Viliéiskaia. Quedaba cerca de nuestra casa, por lo que nos llegaban los ruidos de hachas desde la mañana hasta la noche. *Maman* supo por alguien que ahí iban a poner una exposición. Esto nos interesó profundamente y, cuando la abrieron, fuimos a verla.

El sol de después del almuerzo nos calentaba. En un extremo del cielo había una nubecilla inmóvil con forma de arenque. Chiguildeieva se abanicaba. *Maman* no llevaba sombrero. Nos adelantaban personas vestidas con ropas elegantes. Un terrateniente pasó a toda prisa en su *drozhki*, bajó de un salto junto a la exposición, se volvió, dijo «permítame» y sentó a su mujer, que llevaba mitones y anteojos. En el escudo que había sobre la entrada había un jinete galopando. Llevaba yelmo y cota de malla. Sonaba una marcha.

Contemplamos el ganado, los sacos de harina y un pájaro, los objetos expuestos por el conde Pliater-Ziberg y los expuestos por la condesa Anna Broel-Pliater, nos dirigimos al pabellón de artículos religiosos y elegimos un icono de recuerdo cada uno. Cuando salíamos, nos quedamos un rato junto a un estanque con una fuente y un sauce. Sus hojas comenzaban ya a caer.

—El otoño, se acerca el otoño —dijimos cabeceando.

De repente, sonó una campanilla y en el cobertizo, desde cuyas puertas gritaban «¡Pasen y vean!», se encendió una inscripción de fuegos de colores: «Fotografía viva». Para eso había que comprar entradas aparte, nosotros deliberamos y decidimos comprar.

Dentro había sillas, y delante de ellas colgaba un lienzo y, cuando todos nos hubimos sentado, la luz se apagó, comenzaron a sonar el piano de cola y el violín, y vimos *Judith y Holofernes*, un drama histórico en pintura. Pasmados, nos miramos los unos a los otros. Las personas dibujadas en el cuadro se movían, y también las ramas de los árboles.

Por la mañana, cuando me disponía a escribir a Serge sobre Judith, entró Eugenia y me dio una nota metida en un tubito. «¿Qué les ha parecido la fotografía viva?», decía la nota. «Yo estaba sentada detrás de ustedes. Permítanme conocerlos. S.».

La autora de esta carta esperaba una respuesta sentada en un banco delante de nuestra casa y, cuando salí por el portón, se levantó.

—Soy Estefanía Grikiúpel —se presentó, y dimos un pequeño paseo.

Contemplamos el *prétzel* de cobre sobre la puerta de la panadería y la iglesia católica de azúcar.

—Mi amigo Serge se ha marchado a Yalta —le conté—, y Andréi Kondrátiev está en los barracones. Yo podría pasar una temporada allí, pero Andréi no me conviene demasiado porque se pone a deliberar sobre todo.

Resultó que Estefanía Grikiúpel también había hecho el examen de acceso a la escuela y tenía un miedo terrible de que fuera a resultarle difícil: los números árabes, escribir redacciones...

Contentos el uno con el otro, nos despedimos. Cuando llegaba a mi puerta, vi un entierro: hombres de antorcha con trajes talares blancos, un coche fúnebre con una cúpula decorada con una corona, y la viuda caminando detrás. La llevaba Vasía Strizhkin.

Cuando *maman* volvió, salí volando a su encuentro. Ella me prohibió volver a encontrarme con Estefanía y apodó a Estefanía como «la libertina». Chiguildéieva, que vino a escuchar, intercedió por mí.

—Pero es algo tan natural... —dijo ella, y se quedó pensativa. Sonriendo, subió y trajo de su apartamento *Amabilidad por amabilidad*.

—Te lo regalo —me dijo.

La escuela de artes y oficios era un edificio marrón, y la fachada, dividida por unas ranuras en partes, recordaba a una tableta de chocolate. En el tímpano triangular había fijada un águila de hierro fundido. En una garra sostenía una serpiente, y en la otra, un cetro. Al fondo, donde estaba situada la iglesia, había una cruz sobre el tejado.

No me iba muy bien en aritmética, así que traté de toparme con Vasía Strizhkin. A menudo lo esperaba junto al guardarropa o trepaba arriba, al pasillo de los mayores. Ahí, frente alas escaleras, había un reloj. A los dos lados de éste colgaban varios cuadros: *La cristianización de Kiev* y *El milagro del descarrilamiento en Borki*. Bajo el reloj había un tanque de cobre rojo y una jarra atada con una cadena de hierro. El celador Iván Moiseich se lanzó hacia mí para que me marchara. Durante el descanso largo, *madame* Golovniova vendía en el gimnasio panecillos y té. Era una mujer suntuosa, polaca, e Iván Moiseich la cortejaba. Su marido, el bajito señor Golovniiov, guarda de noche, se quedaba junto al horno y los miraba. Yo me puse a su lado, de modo que veía a todos los que compraban. Pero allí tampoco me encontré con Vasía.

Karl Budrij era el hermano de Elsa Budrij. Vivía junto a la iglesia luterana, y volvíamos juntos a casa. Me contó que en una ocasión vio a un señor y a una señora colarse en el viejo cementerio y que, seguramente, allí hicieron tonterías. Fui allí. La bardana florecía entre las sepulturas. Un ángel de piedra sostenía una lira en la mano. Todavía no había señores ni señoras, así que me senté sobre una lápida a esperarlos.

«Los consejeros de estado Piotr Petrovich Schukin y Sofía Grigórievna Schúkina», decía en letras anticuadas. Imaginé cómo serían.

Sin esperar a nadie, me puse en pie, me sacudí y me marché del lugar. Las chimeneas de las casas y las copas de los árboles con sus abundantes hojas estaban iluminadas por el sol. En la taberna, que tenía un pez dibujado sobre la puerta, sonaba una cajita de música. Los racimos de serbas enrojecían succulentos por encima de una cerca verde. Reparé en un rótulo dorado: «Monumentos para todas las confesiones. Prauda». Me vinieron a la mente I. Stúpel, la *madonna* en su establecimiento y Túsenka.

Poco después vino a vernos la señora Kondrátieva y nos invitó a la celebración de su santo.

—Ahora tenemos un gramófono —dijo.

Nosotros le hablamos de la fotografía viva. En la *celebración* de su santo hubo muchos invitados. En el gramófono sonaban cuplés. El chiste del niño judío gustó mucho a todos, y lo repetían.

—Pero es una pena —comentó un invitado— que la ciencia haya desarrollado esto tan tarde, pues de lo contrario ahora podríamos oír la voz de Jesucristo diciendo sus enseñanzas.

Yo me sentí conmovido. Andréi me guiñó un ojo y salimos al recibidor. Volví a

ver sobre la mesa el *Zaratustra* y el *Revel*. Mientras conversábamos, Andréi dibujó algo en los márgenes de *Zaratustra*. «Rasgos faciales», escribió como título por debajo del dibujo.

Un sábado, cuando yo ya había comido y leía la *Bursátil* junto a la ventana, de repente apareció Chaplinski al otro lado de la ventana. Me dio dos melones pequeños y me comunicó que habían llegado los Karmánov. Me apresuré a ir con él. Por el camino charlamos juntos. Le pregunté si estaba contento por el regreso de sus señores, y descubrí que en su ausencia él trabajaba en el depósito de locomotoras, donde figuraba en la plantilla, aunque trabajaba principalmente para Karmánov. Serge fue muy amable.

—Es agradable ser amigo de un estudiante —me dijo.

La mujer del ingeniero nos dio de beber té a toda prisa y corrió a reunirse con Sophie. Nos quedamos los dos solos, nos reímos un rato y después nos quedamos callados escuchando la campana. Serge me contó que Túsenka también había regresado de la *dacha*^[11].

—Ella creía —rió él— que os apellidabais Yat.

Al parecer, en un libro llamado *Chéjov* que criticaba acerbamente a los telegrafistas aparecía ese apellido.

Llegó el ingeniero. Encendió la electricidad que le habían instalado desde la vía férrea, y yo me volví para no estropearme los ojos. Él se sentó con nosotros y charlamos un rato.

—¿Se imaginan? —comenté—. Los estudiantes escriben palabras feas en los pupitres.

—¿Partes del cuerpo? —preguntó Serge, visiblemente animado.

Pensé en Andréi y en los «rasgos faciales», y en lo censurable que era recordar en presencia de un amigo a otros.

El domingo estuvimos en el parque de bomberos. Allí resonaban valientes valeses, y los bomberos hacían carreras de sacos. A los niños les daban banderas de papel y los alineaban. Serge y yo marchamos a paso militar en las filas. A un lado de la plazoleta veíamos, como si fuéramos en tren, los árboles y las hojas que caían de ellos. El ingeniero nos elogió.

—La marcha tenía una pinta estupenda —dijo.

A la salida nos detuvimos a observar cómo los alguaciles echaban a un mirón.

—Sí, sí —me empujó Serge, y me susurró que había interrogado a Sophie para darme información sobre Vasia Strizhkin. Su padre había muerto durante el verano y ahora trabajaba en el cuerpo de policía.

—La palabra «ortodoxia» —nos dijo el padre Nikolái en la clase de catecismo— viene del griego antiguo y significa «la creencia correcta».

Por el camino de vuelta a casa se lo comuniqué a Budrij. Intenté persuadirlo para que se pasara a la ortodoxia, y él comenzó a evitarme. Así que cuando Serge me preguntó si había hecho algún amigo en el colegio, pude responderle francamente que no. Para convencerlo, le hablé poco favorablemente de mis compañeros.

—Siempre tienen las uñas sucias —le dije—, y no se lavan los dientes. Dicen «setiembre», «andé», «dijistes» y «haiga».

—¡Qué tontos! —reímos, y nos pusimos de buen humor.

Mientras tomábamos el té, las letras en la caja de galletas nos recordaron a Túsenka. Nos guiñamos el ojo y nos pasamos la tarde repitiendo, como si fuera un verso:

«*Siouy compañía, Moscú,*
Siouy compañía, Moscú^[12]».

Al cabo de varios días, me la encontré en la iglesia de la escuela. De la ventana llegaban rayos de luz bañados en polvo. El tiempo pasaba muy lentamente. Por fin, Golovniiov salió del altar con la tetera y fue a buscar agua hirviendo para la comunión. Yo me volví para seguirlo con la mirada y entonces la vi a ella. Después de la misa no pude correr tras ella y seguirla desde lejos porque Iván Moiseich nos llevó con el inspector a pasar lista.

El inspector, el marido de Sophie, fue trasladado a Liepaja, y Sophie se marchó con él. Un día nublado, poco antes de que cayera la tarde, cuando a la espera de que encendieran las lámparas yo dejé por un minuto de estudiar qué es una suma, ella llamó a nuestra puerta para despedirse. Voluminosa, tocada con un sombrero con pluma y un velo moteado, tenía un aire melancólico. *Maman* le contó que Eugenia era demasiado lisonjera, por lo que no inspiraba confianza, y estábamos pensando echarla. Cuando nos despedíamos, Sophie me regaló un libro sobre Mowgli que me gustó mucho. Lo leí unas cuantas veces. Chiguildeieva, cuando venía a visitarnos, se acercaba cautelosamente y trataba de ver si era *Amabilidad por amabilidad* lo que estaba leyendo.

—Hoy —declaró Karmánova una vez, cuando Serge y yo mirábamos embobados por la ventana— será la «noche terrible» —y nos recomendó ir al río y mirar cómo los judíos se apiñaban y se sacudían los pecados. Bajo la protección de Chaplinski, corrimos allí. Nos partimos de risa. Chaplinski nos contó que cada primavera desaparecían niños cristianos, y nos enseñó a mostrar una «oreja de cerdo».

Ya helaba. *Maman*, cuando salía a la calle, ya se ponía los pantalones de lana.

Chiguildeieva cerró su buhardilla y se marchó a Yaroslavl al bautismo del bebé de su sobrina. Murió allí. Me dejó trescientos rublos, y *maman* me ordenó que no lo fuera contando por ahí.

Llegó el invierno. Era la tarde de un sábado. La luna brillaba y sobre la iglesia luterana relucían las agujas doradas del reloj. Desde el viaducto yo veía las hogueras en los caminos y un haz de chispas sobre los baños públicos. Un trineo de cochero pasó a toda velocidad. En él iba sentado Vasia Strizhkin vestido con un capote del color de un oficial. Los cascabeles tintineaban. Esperé durante días la alegría que este encuentro debía traerme. Y finalmente una mañana, cuando llegamos a la escuela, el guarda de noche nos dijo que el padre Fiódor estaba enfermo y que aquel día sólo tendríamos cuatro clases.

«Espectáculo para niños», anunciaban los carteles. Yo me imaginé una bellísima doncella con los brazos extendidos ante un joven imponente y exclamando «¡Oh, Alexander!». Chaplinski nos trajo entradas. El teatro estaba lleno. La orquesta militar resonaba dirigida por el señor Schmidt. Ante nosotros colgaba el telón con el castillo. Esperamos a que se alzara mascando dulces. Estefanía Grikiúpel surgió de la nada y, antes de que yo pudiera apartar la vista, me saludó. Me alegré de que *maman* y los Karmánov en aquel momento estuvieran observando la entrada de *madame* Strauss en la sala.

La Navidad pasó volando. El número extraordinario del periódico *Dvina* informaba de que Japón nos había atacado. Los servicios eclesiásticos se volvieron aún más largos. Cuando terminaba la misa, comenzaba una plegaria «por la concesión de la victoria». En la vitrina de L. Kusman aparecieron las *Cartas abiertas patrióticas*. Serge comenzó a recortar del *Nueva Era* fotografías de acorazados y portaaviones y a pegarlas en su cuaderno de apuntes en sucio. *Maman* y yo una vez visitamos a los Karmánov. Las damas hablaron de que ahora en la guerra ya no se utilizaba la hila y las mujeres nobles ya no se juntaban para picarla.

Aquella tarde vino a casa de los Karmánov Túsenka con su madre. Serge habló un rato con ella y corrió a su habitación para traer su cuaderno. Túsenka y yo nos quedamos solos al fondo del salón. En el pasado Sophie había representado con sus amigos en ese mismo sitio una obra de la cual yo había visto una escena. Quise contárselo a Túsenka. «¡Ah, Natalie!», quería decirle.

Los dos guardamos silencio, y yo oí cómo Serge volvía ya.

—¿Has leído el libro *Chéjov*? —preguntó ella finalmente, sonrojándose.

Nuestra escuela se sumó a la primera semana de ayuno. *Maman* me explicó que es pecado ocultar cosas durante el período de confesión. Yo no sabía qué hacer, porque reconocer mis pecados al padre Nikolái me incomodaba. Por eso me alegré mucho cuando nos dijo que no iba a perder mucho tiempo con los alumnos de clase preparatoria y, tras reunirnos bajo un delantal negro que sostenía sobre nosotros, nos ordenó que nos confesáramos mentalmente todos a la vez.

Pronto llegó la primavera. El domingo anterior a Semana Santa se celebró en la escuela de artes y oficios una lectura espiritual. Acudí con *maman*. Había un farol mágico, y el padre Nikolái, rodeado por un biombo, leyó sobre los últimos días de la vida de Jesucristo. A la luz de una vela, su figura se veía a través del percal.

Cuando caminábamos hacia la salida, alguien nos llamó de un grito. Nos volvimos. Gorshkova nos saludaba y nos hacía gestos. Ataviada con una boa y anteojos, estaba imponente. Me preguntó por mis éxitos y dijo que ahora viviría más cerca de nosotros porque había cambiado de parroquia. Mientras hablaba, me tocó la barbilla.

La dama de Vítebsk que vino a visitarnos cuando murió mi padre se acordó de nosotros. En una postal con un cuadro titulado *Noli me tangere* nos felicitaba por la Pascua y nos comunicaba que su hija se había casado con un señor alemán, un terrateniente, y que se marcharían a su hacienda y ella planeaba también trasladarse con ellos.

Ya comenzaban los exámenes. Era una tarde clara. Los árboles estaban en flor. Sentado en el jardín, yo estudiaba las sumas. La ventana se abrió y *maman* me llamó a la casa y me mandó despedirme de Alexandra Lvovna, que se marchaba al Lejano Oriente. Estaba vestida con el uniforme de enfermera, tenía prisa y vertía el té que estaba bebiendo de una taza a otra.

—Así se entibiará más rápido.

—Conquistelos —dijo *maman*—, y así el té nos costará menos.

Los Karmánov se fueron a pasar el verano a Shavskie Drozhki, y después de los exámenes *maman* y yo nos reunimos allí con ellos. Desde el barco a vapor *Progress* vimos los espolones y la fortaleza. La orquesta que había embarcado en el barco con nosotros tocaba. Cuando cesó, los señores que había a nuestro lado se pusieron a hablar de Inglaterra y a censurarla.

—Un pueblo cristiano —decían—, que ayuda a los japoneses.

—Desde luego —dijo *maman* sorprendida, volviéndose hacia mí encogida de hombros. Yo me sentí desconcertado. En el libro de Mowgli ponía que estaba traducido del inglés, por lo que yo pensaba que había que amar Inglaterra.

La mujer del ingeniero y Serge salieron a darnos la bienvenida. Atravesamos el parque dominados por el sentimiento festivo. Instalada en el tablado, la orquesta ya resonaba. Las damas vestidas con corsés, cinturones con abalorios y peinados rígidos

con un rulo por debajo del pelo se levantaron de los bancos y se marcharon por las diversas sendas. Los acompañaban hombres de barbas y bigotes con chaquetas de uniforme blancas. Serge hizo una reverencia a una de ellas y me contó que era la mujer del notario Conrad von Sasaparel. Tras las vallas brillaban esferas sobre pedestales verdes y verandas con festones de cáñamo. En las cocinas sonaba el golpeteo de los cuchillos. Bajo los árboles, las veraneantes yacían sobre sus hamacas. Las doncellas y los chicos, entre carreras y disputas, jugaban al *croquet*.

Cuando llegó la hora de despedirnos, los Karmánov pidieron a *maman* que visitara de cuando en cuando su apartamento de la ciudad para asegurarse de que Chaplinski lo cuidaba meticulosamente. Aquella misma tarde pasamos por allí. Encontramos a Chaplinski dormido. Éste se echó el abrigo sobre los hombros, nos dejó entrar y recorrimos con él todas las habitaciones. Nos invitó a acercarnos a la ventana y, con semblante serio, nos señaló el jardín. Bajo los castaños, donde siempre cantaban las niñeras, estaban sentados los porteros.

—Aprovechan que se han marchado los señores —nos explicó, sombrío.

Nosotros informamos de esto a los Karmánov, y ellos escribieron a Kantorek para que tomara medidas.

Yo me quedé un tiempo sin nada que hacer. *Maman* se puso de acuerdo con Gorshkova y comencé a ir a estudiar alemán con ella para saber algo al comienzo del curso en la escuela de artes y oficios.

—*Was ist das?* —dictaba Gorshkova y, mientras yo escribía, se acercaba a mí.

Yo escondía las manos para que ella no pudiera cogerlas. A veces se quedaba mirándome pensativa. Un día en el recibidor me dijo que habían matado a Plehve y, apesadumbrada, se abalanzó sobre mí y me achuchó.

De vez en cuando me encontraba con Estefanía. Yo le hacía una reverencia con gesto severo y ella no se atrevía a hablarme.

—Mañana hay un Te Deum en la escuela de artes y oficios —me dijo un día *maman*, y me entregó un ejemplar del *Dvina*.

Leí el anuncio. «Pues parece que ya ha terminado el verano», pensé yo.

Viajé por última vez a Shavskie Drozhki. El follaje de las parras ya comenzaba a enralecer. Una telaraña pasó volando. En casa de los Karmánov vi a Sophie. Estaba de paso con su bebé. Se levantó torpemente de la mecedora y me examinó.

—Sigues igual —dijo ella con cierto dramatismo—, pero algo en tus ojos ha cambiado.

La mujer de Conrad von Sasaparel apareció imponente ante mis ojos apoyándose en un báculo. Éste tenía astas y la inscripción *Krime*. La mujer del ingeniero se sentó cerca de ella y ambas hablaron de que lo mejor sería quitarse Samokvásovo de encima lo antes posible y coincidieron en que sería bueno venderlo todo y marcharse. Yo me sentí alarmado. «Entonces se irá también Serge, y será el fin de nuestra amistad», pensé. Sumido en la tristeza, regresé a casa en el *Progress*. Sus dos ruedas resonaban. Los pasajeros guardaban silencio. Sobre un montículo se veía un jardín, y más allá del jardín se vislumbraba el ocaso.

Esta vez, con los libros L. Kusman me regaló *Reflexiones de personas sabias*. En la portada ponía que costaba doce kopeks. *Maman* lo hojeó y aprobó algunas reflexiones, y yo me alegré. Pero en la escuela me enteré de que Yampolski y Livshits regalaban el *Camarada, el calendario para los estudiantes*. Desencantado, decidí no tener más asuntos con L. Kusman. Pensaba en eso cuando aquella tarde salí a dar una vuelta. Estaba tan inmerso en mis preocupaciones que en la calle choqué contra el profesor de caligrafía y me metieron en la celda de castigo durante una hora. Me pasé todo el día sollozando, y *maman* me traía gotas.

Comenzaron a traer a las alumnas a nuestra iglesia. Llevaban delantales y lazos blancos y, sin volver la cabeza, nos miraban por el rabillo del ojo. Su tutora, que llevaba prendida una condecoración y tenía aspecto solemne, de vez en cuando sacaba un pañuelo de su bolso y hasta nuestras narices llegaba el olor a violetas. Túsenka se quedaba de pie en las filas con mirada formal y fingía que no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor, y se ponía roja cuando alguien la observaba. «¡Natalie, Natalie!», pensaba yo, y las misas ya no me parecían tan largas.

En clase me sentaba junto a Friedrich Olov. Era un mal alumno y durante las clases arrancaba una hoja del cuaderno y dibujaba tonterías en ella. Él me aseguraba que todo lo que se contaba sobre la calle Podólskaia era cierto y yo, cuando regresaba a casa de la escuela, más de una vez di un rodeo y fui por Podólskaia, pero no vi nada especial. Una vez me encontré ahí con Osip, que había ido conmigo a las clases de Gorshkova, y él se rió de verme allí. Era un vagabundo, y después me vino a la cabeza que podría tener un cuchillo y quizá me ayudaría a vengarme del profesor de caligrafía. Cuando hube pensado qué decirle fui a hablar con él a la escuela en la que

vivía, pero ya no estaba allí.

Aquel otoño nos mudamos a otro apartamento. Estaba en el mismo barrio que el anterior, en el edificio de piedra de Kanátchikov. Cuando vino a cobrar el alquiler, Kanátchikov inició un diálogo sobre religión. Nos enseñó a santiguarnos con dos dedos. Desde nuestra nueva casa se veía una plaza en la que se entrenaban soldados. En una esquina de la plaza, rodeada de acacias amarillas, se encontraba una pequeña iglesia militar. El Te Deum que celebraron en la plaza cuando enviaron polacos a la guerra lo oímos desde las ventanas.

Los Karmánov nos visitaron en nuestra nueva vivienda. No se marchaban. Habían encontrado un lugar poco costoso cerca de Eupatoria y planeaban construir allí una dacha rentable. Serge ya había comenzado a estudiar con dos de los hijos de Pferdchen en la clase de la señora Gausman para entrar en el primer curso de la escuela en primavera. Serge me contó que la señora Gausman decía «cinco veces cinco». Nos reímos y seguimos hablando agradablemente los dos en mi habitación y no encendimos el fuego. Sonaron las sirenas de los talleres. Hicieron sonar, no muy fuerte, el campanario de la plaza. Desde la vía llegaban silbidos. Nos pusimos serios. Yo comenté algo sobre la Historia y hablamos con asombro de los esclavos que se metían una caña en la boca para respirar y se quedaban todo el día bajo el agua. Tras despedirnos de los invitados, yo escuché desde el porche el susurro de sus pasos sobre la arena. Me quedé ahí de pie como Manílov Pasó una estrella fugaz, y me apené por no haber pensado en ese momento en mi venganza contra el profesor, pues en tal caso la habría logrado.

—Tienes que comer más arroz —decía *maman* en la comida—. Entonces serás fuerte. Los japoneses sólo comen arroz y mira cómo nos ganan.

Como cada año, visitamos a los Kondrátiev el día de su santo. Kondrátieva nos leyó varias cartas de su marido. Me gustaron mucho las palabras *bonsái* y *fansa*^[13]. Andréi, al igual que Serge, se estaba preparando para matricularse en el primer curso de la escuela. Le daba clase el profesor Tével Lvóvich.

De repente, todos los muchachos estaban ocupados y los veía muy poco. Casi no quedaba con Serge. Karmánova, sin embargo, nos visitaba con mucha frecuencia. Le gustaba la iglesia que había frente a nuestra casa. El nuevo cura era un monje. Llevaba una tiara negra de la cual pendía algo por detrás, y un manto. Esto resultaba interesante.

El profesor de caligrafía faltó varios días. Estaba enfermo. Le deseé la muerte y recé para que Dios lo enviara al infierno. Pero pronto volvió. «Judas traicionó a Jesucristo con un beso», escribió en la pizarra, y nosotros nos pusimos a copiar.

En Navidad no fui a casi ninguna parte. Los Karmánov se marcharon a visitar a Sophie en Liepaja y enviaron desde allí una postal con la imagen de una iglesia luterana en la que ponía «*Fröhliche Weihnachten*».

Aquel año la ingeniera desarrolló un profundo interés por la política. A menudo sacaba temas políticos y entonces a *maman* y a mí se nos cerraban los ojos.

Los tejados comenzaron a gotear bajo la luz del sol, y yo cada día estaba más harto de la escuela. Me alegré inmensamente cuando una mañana soleada Golovniiov, solemne, nos comunicó junto al guardarropa que habían matado a no sé qué príncipe y, por lo tanto, a las doce iríamos a la misa de difuntos y de ahí, a casa. A Golovniiov le gustaba anunciar lo inesperado.

Salí de la misa de difuntos con el alma festiva. Olov me propuso ir al bazar. Yo nunca había estado, así que echamos a correr hacia allí. Íbamos riendo y agarrándonos el uno al otro, nos dábamos empujones. Las cocineras casi nos hacen caer de un choque con sus cestas. Las damas se paraban junto a los carros de comestibles y los degustaban. Los *muzhiks* decían cochinadas en voz alta. Era la primera vez que los veía de cerca.

—Son como ganado —dijo Olov, y nos pusimos a hablar de ellos.

Se acercaba el ayuno, pero yo no pensaba mucho en ello. Había decidido que no le confesaría nada al padre Nikolái porque luego podía chismear o cometer alguna vileza él mismo.

La dama que había venido de Vítebsk aquella vez volvió a enviarnos una postal. Nos invitaba a visitarla. Decidimos ir y *maman* solicitó un permiso por vacaciones.

El verano llegó por fin. Nos despedimos de los Karmánov, que se marcharon a construir la *dacha*, y nos pusimos también en camino. Pedimos a Kanátchikov que

cuidara de Eugenia.

En la estación de ferrocarril nos recogió un carruaje. Nosotros nos incorporábamos en nuestros asientos con gran interés y observábamos ansiosos esperando que por fin se nos apareciera la hacienda.

Sobre ella había una chimenea de destilación. Los *muzhiks* gradaban. Los cuervos daban vueltas a su alrededor. Yo imaginé los viajes de Chíchikov.

Finalmente llegamos y nos rociaron a preguntas. Entonces recordamos algo de nuestras conversaciones con Karmánova.

—El pueblo llano se amotina —dijimos—. Se están tomando pocas medidas.

Cuando caía la tarde fuimos a observar cómo los trabajadores bailaban detrás del parque en un terreno rodeado de bancos. Este terreno estaba asignado especialmente a ellos, para que no vagaran en el tiempo libre y estuvieran siempre a la vista. Cuando regresamos, nos sentamos en los escalones del porche, como *Gógol en Vasílievka*. Un pájaro trino de repente y silbó.

—Silencio —dijo *maman*. Se acercó el índice a los labios y, con una expresión beatífica, nos miró—. Un rruiseñor —susurró.

No me estaba permitido salir más allá del portón, pero tampoco me interesaba. Me habría resultado terrorífico encontrarme de súbito a uno de esos *muzhiks*. Tomé de la habitación llamada «biblioteca» un libro titulado *Cuentos árabes para adultos* y durante nuestra estancia lo leí en el jardín. En él se narraban «tonterías». Me asombré al descubrir que los chicos no mentían.

La víspera de San Juan vinieron a la casa unos letones con fuegos y ramas y nos pusieron a todos coronas en la cabeza. Se pasaron horas brincando y cantando y quemando barriles con brea. Nosotros les dimos de beber cerveza y nos acostamos cuando se marcharon y las hogueras quedaron sofocadas, el portón cerrado y el tablón fijado, como siempre, por el guarda.

Había unos soldados contratados para proteger la hacienda. Desde la ventana, pronto los vimos entrar al patio. Eran poco agraciados pero fornidos, llevaban armas, y entonaban una canción sobre Stessel:

«Stessel el general informa
De que no hay ningún proyectil».

De nuevo me tocó ir a tomar clases con Gorshkova. Cuando llegamos a la ciudad, *maman* me envió a que estudiara francés.

—Es una lengua difícil —decía Gorshkova—. Todas las letras se escriben de un modo y se leen de otro.

Para tratar de animarme, ella fijó su mirada en mis manos para tomarlas y estrecharlas, pero yo logré retirarlas a tiempo y, rápidamente, me senté sobre ellas. Gorshkova no me gustaba demasiado. Su piel me recordaba al interior de una corteza de pan, harinosa y áspera.

Era un día caluroso. El sol no se veía. De los jardines salía olor a manzanas. De camino a las clases vi a un chaval que vendía el *Dvina*.

—¡Se ha firmado la paz! —exclamaba.

Le pregunté si eso era cierto y él me mostró el titular.

Gorshkova aún no sabía nada de la paz, y yo no se lo dije para evitar que se emocionara y se lanzara a estrujarme.

Nos alegramos mucho por la firma de paz, pero Karmánova, que había vuelto de Eupatoria, nos lanzó un jarro de agua fría:

—Si hubiéramos seguido luchando, habríamos ganado —dijo—. Witte ha hecho todo esto adrede porque está casado con una judía que lo estaba instigando.

Serge me mostró una maqueta de madera de la *dacha* con cristales de verdad en las ventanas. Estaban pintando la escuela, por lo que el comienzo del curso se había retrasado dos semanas, pero él ya se pavoneaba con su uniforme.

Ese año le compré los libros de texto a Yampolski. Por fin yo también tenía un *Calendario*. Dejé de pasar por delante de la tienda de L. Kusman. En cualquier momento podía abrir la puerta y, cubriéndose el pecho con su pañuelo, mirarme y preguntar por qué aún no había ido por mis libros.

Ahora Serge y Andréi estaban ambos en primer curso. Serge estaba en A y Andréi, en B. En las clases de catecismo estaban en el mismo grupo y se sentaban juntos. Una vez, en clase de catecismo Andréi hizo un dibujo. Se titulaba «Pasen a la mesa, mis queridos invitados». Karmánova no se puso nada contenta cuando lo vio.

—¡Qué clase de difamación es esta! —dijo ella, asqueada—. Para poder criticar hay que ser perfecto.

Ordenó que Serge se cambiara de sitio.

Celebramos el santo del heredero y asistimos al Te Deum por el aniversario del milagro de Borki. Al día siguiente, cuando hubo sonado la sirena y el profesor entró atusándose la barba y, tras santiguarse, se detuvo junto a una imagen y el guarda comenzó a leer el Dios Misericordioso, de repente una bomba estalló cerca con un terrible estruendo. Aquel día cerraron la escuela por un tiempo indefinido.

Cuando estábamos almorzando, de pronto en los talleres saltaron las sirenas con un sonido diferente al habitual. Mientras esperábamos, oímos disparos. Ya de noche

Eugenia averiguó que habían disparado a cuatro hombres. Los amotinados los habían agarrado y los paseaban por las calles a la luz de las antorchas para asustar a la gente.

Fuimos a ver su entierro. Los prestes católicos encabezaban el séquito fúnebre con rostros solemnes.

—Tremendos canallas —dijo Karmánova, y nos explicó que por religión deben apoyar al gobierno, pero que ellos odiaban Rusia y estaban dispuestos a todo con tal de perjudicarnos. Por detrás de los féretros tocaban las orquestas de artesanos y de bomberos. Las banderas bamboleantes y las pancartas con inscripciones siguieron moviéndose durante casi una hora después de que nosotros perdiéramos ya el interés. Más tarde nos enteramos de que en el cementerio había tenido lugar un tiroteo en el cual Vasia Strizhkin había resultado herido por un perdigón. Pobrecito, hasta que se curara no podría ni tumbarse boca arriba ni sentarse.

Para que yo no molestara, *maman* me ordenó leer la obra completa de Turguénev. La leí aplicado, pero no me interesó particularmente.

Más de una vez volvimos a estudiar y de nuevo se cancelaron las clases. Comenzamos a utilizar las palabras *mitin*, *centurias negras*, *naranja*^[14] y *tocino*^[15]. En una ocasión, cuando volvíamos a estar en huelga, vinieron a verme Serge y Andréi y me contaron que habían asaltado la escuela alemana y se habían llevado la lista de alumnos de una clase. Ésta comenzaba así: Anójina, Boldyreva,... Yo me reí, pero por la tarde me puse triste. Pensé en que todos hacían algo interesante pero a mí nunca se me ocurría nada.

Maman a veces también tenía huelgas en el trabajo. Ella era «de derechas», pero hacía huelga de buena gana. Un día me contó que su jefe había estado en un mitin y había decidido no volver porque, mientras estaba ahí, sentía que apoyaba razonamientos inadmisibles. Nosotros lo elogiamos.

Yampolski y Livshits daban con cada compra talones por una suma y, cuando alguien les entregaba talones por la suma de diez rublos, le regalaban algo. El alumno Martinkévich, al cual mi padre enviaba a comprar sus efectos de escritorio, recibió de Yampolski un cuaderno para escribir poemas. En la escuela pedía a los demás que escribieran en él. Yo me quedé el cuaderno mucho tiempo y sufría porque no sabía qué escribir. En él encontré un poema llamado *Medicina de salvación*. Comenzaba así:

«Tome una onza de humildad
Y añada dos de longanimidad».

La dedicatoria decía: «Con mis bendiciones, el hieromonje Gabriel». Resultó que el monje de la iglesia frente a mi casa era pariente de Martinkévich.

Yo QUERÍA PREGUNTAR AL MONJE SI DIOS ACCEDERÍA A enviar a alguien al infierno si uno rezaba bien por ello y para lograr un encuentro con el monje, pensé en trabar amistad con Martinkévich. No tuve tiempo de hacerlo, porque regresaron nuestros regimientos y aquellos que los sustituían se marcharon, y el monje se fue con ellos.

Los oficiales volvieron de Asia con muchos y diversos artilugios. Kondrátiev nos trajo unas cosas interesantes para colgar en la pared. Sobre su mesa, donde antaño había estado el *Zaratustra*, ahora resplandecía *La risa roja*. Nos lo dio a leer.

Poco después estuvimos también con Alexandra Lvovna. Había envejecido. Nos contó que se había ocupado de cuidar al doctor Váguel, que había tenido una contusión en la cabeza, e insinuó que quizá ya no se separara de él. Nosotros nos quedamos agradablemente impresionados.

La iglesia a la que tanto le gustaba acudir a Karmánova cuando estaba el monje resultó ser desmontable. La desatornillaron y la enviaron a la zona de Jekabpils, donde una parte de los letones eran ortodoxos. En su lugar iban a construir una «catedral de guarnición». Nosotros esperamos con interés a ver cómo sería.

Una tarde soleada, cuando *maman* y yo tomábamos el té, se presentó en nuestra casa Chaplinski. Nos comunicó muy agitado que alguien había disparado a Karmánov en el camino de la oficina a casa y que había muerto al cabo de un cuarto de hora.

Empezaron a venir a vernos señoras curiosas para interrogarnos sobre los Karmánov. Nosotros respondíamos a sus preguntas. Sobre la mujer del ingeniero *maman* les contó que hacía ya varios años que no vivía con él. Yo me asomé y la corregí, pero ella me ordenó que no me inmiscuyera en las conversaciones de los mayores.

Me constipé inesperadamente, así que no tuve que ir al entierro. Los observé por la ventana. *Maman* caminaba junto a Karmánova tocada con un sombrero estilo «submarino» que había pasado de moda tras el final de la guerra. Tapaban a Serge de mi vista. Eso sí, entre la multitud vi a Túsenka. Me pareció notar que me lanzaba una mirada imperceptible.

Serge me contó más tarde que se había jurado a sí mismo vengar la muerte de su padre. Yo le estreché la mano y no me atreví a decirle lo difícil que es la venganza.

Poco tiempo después tuve que despedirme de él. Se marchaba para siempre. La mujer del ingeniero había estado en Moscú y había encontrado un apartamento. Aplazaron el viaje hasta el comienzo de las vacaciones. La soledad me aguardaba.

Comenzó la construcción de la catedral. Cavaban la tierra, transportaban guijarros. En el barrio que estaba detrás de la iglesia luterana empezaron a construir una iglesia católica. Los viejos creyentes incorporaron un campanario a la capilla. El padre Nikolái nos aclaró que daban libertad a todas las religiones, pero que esto no

significaba nada y que la principal seguía siendo la nuestra.

Los Karmánov tomaron asiento en el vagón. El tren se puso en marcha. Nosotros agitamos la mano tras él. «Serge, Serge, ah, Serge... ¿me recordarás como yo te recordaré a ti?», no llegué yo a decirle.

Desde Jelgava los Belugin vinieron a pasar el verano en Shavskie Drozhki. Los visitamos. Se me hizo raro ver el *kursaal* y el parque y saber que ya no pasearía por allí con Serge. *Maman* también estaba triste.

En la casa de los Belugin nos encontramos a Siou, el padre de Túsenka. Tenía barba y llevaba gafas. Recordaba a un retrato de Petrunkévich.

—¿Ha leído usted el discurso de Múromtsev? —inquirió a *maman* con rostro benevolente.

La hija y el hijo de los Belugin eran un poco menores que yo. Empecé a ir a visitarlos a Shavskie Drozhki. La señora Belúguina era una dama enjuta que llevaba anteojos y tenía marcas de viruela. Pasaba el tiempo meciéndose en una hamaca y leyendo el periódico bajo los pinos. Belugin, su marido, iba a pescar. Su hermana, Olga Kuskova, nos llevaba al bosque. Una vez caminamos hasta las vías del ferrocarril y vimos un tren con soldados. Iba en dirección a Jekabpils. Los oficiales nos miraron desde los vagones de pasajeros.

—Es una brigada punitiva —nos explicó Olga Kuskova.

Durante mis visitas a casa de los Belugin coincidía de vez en cuando con Túsenka, pero se hacía la importante en mi presencia y me hablaba de usted.

Cuando no estaba allí, leía a Dostoievski. Me causó gran impresión, y durante la comida *maman* decía que parecía escaldado.

Pasaron los días. En el río ya aparecían bancos de arena y el *Progress* tenía que maniobrar para no encallar en ellos. Un recuadro negro del *Dvina* comunicaba la muerte prematura del profesor de caligrafía.

Un día me encontré con Osip. Fue amable conmigo. Se ofreció a mostrarme dónde enterraban a los ahorcados. Le conté el caso del profesor.

—Osip —dije yo—, ¿tú habrías accedido a matarlo si no se hubiera muerto?

Tomé su mano y lo miré nervioso. Me respondió que por un conocido se puede hacer cualquier cosa. Me dio pena haber tardado tanto en encontrármelo.

El otoño volvía a echarse encima. En el jardín, las vainas de las acacias ya comenzaban a estallar abiertas. Cuando se ponía a llover y el polvo se asentaba, los porteros abrían los ventanucos. Entonces nosotros nos apresurábamos a cerrar las ventanas para que el hedor no penetrara en nuestra casa.

—Antes podíamos simplemente enviar a Eugenia a que se lo prohibiera —decía *maman*.

En la escuela ya no estaba Friedrich Olov. En verano lo habían llevado a Riga y lo habían colocado en la firma comercial Kni, Falk y Fiódorov. En su lugar se había matriculado un chico nuevo apellidado Sofronychev. Lo llamaban Gregoire. Era el hijo de un comisario de policía que habían enviado para reemplazar a Lómov. Túsenka trabó amistad con la hermana de Gregoire, Agata, e iba gratis con ella al teatro y al circo. Podía haberla visto a menudo si me hubiera hecho amigo de Gregoire, pero era un niño desaseado y yo a lo largo del año anterior había desarrollado ciertas reservas hacia los agentes de policía.

Un día festivo Andréi vino a visitarme. Hojeó mi manual de catecismo y, tras reírse de la ilustración de un felonio^[16], me propuso ir a dar una vuelta con él.

Maman estaba en la oficina de telégrafos, así que salí con Andréi sin pedir permiso. No estaba seguro de si hacía bien yéndome con él. Contemplamos las construcciones. Se nos acercó una mujer judía cubierta con un pañuelo con flecos.

—No peguéis al niño de las medias grises —dijo. Nosotros nos echamos a reír. Luego escuchamos a un hombre que llevaba tirantes tocar la trompeta sentado junto a una portezuela. Fijada a ésta había una tablita en la que se enumeraba lo siguiente:

«Barniz, cola, tiza, clavos y brochas».

Nosotros lo leímos y, tras meditarlo, nos pusimos a cantar las palabras al son de la trompeta.

Mientras charlábamos, aparecimos en el cementerio. El ocaso se reflejaba ya en las letras sobre la entrada. Sobre las tumbas, las flores terminaban de abrirse. Los árboles se deshojaban. Unos ángeles desgarrados que se apoyaban sobre una sola pierna en un pedestal miraban al cielo como si fueran a echarse a volar. Contagiado por la atmósfera apacible, comencé a decirme a mí mismo que Andréi también era bueno, al fin y al cabo. Pero de repente, junto a la columna sobre la que se encontraba la urna con las cenizas de Karmánov, se puso a decir toda clase de disparates.

—No lo habrían matado si no hubieran tenido razones —dijo él entre otras cosas.

Yo, indignado, traté de no escucharlo y me arrepentí de haber accedido a ir con él.

Decidí que lo mejor era que no nos viéramos en absoluto. Pero los Kondrátiev volvieron a invitarnos por su santo y *maman* me llevó con ella. Los invitados estaban sentados contra las paredes. En los cuadros había dibujada una montaña y, debajo, una japonesa se inclinaba sobre un banco con comida. Yo me senté detrás de *maman*.

Decían que cuando instalaran la corriente iban a poner un teatro eléctrico. Andréi, como siempre, me guiñó desde la puerta del recibidor y yo fingí no entender. Pero pronto *maman* me ordenó que no me quedara sentado con los adultos. Tuve que acceder a salir al jardín.

Encontramos varias manzanas y las derribamos. Dimos cuenta de ellas sentados en un escalón. Entre mordisco y mordisco, tratábamos de imaginarnos el teatro eléctrico. Debía de ser, con toda seguridad, excepcionalmente bello.

—Andréi —dije yo, arrimándome a él—, hay una alumna llamada Túsenka.

—¿Súsenka? —preguntó él.

Me levanté y me marché de su lado. Cuando me acosté aquella noche, pensé que en realidad *Túsenka* sí era un nombre un poco tonto, y que lo mejor sería llamarla Natalie.

El domingo después de misa bajé a la parte trasera del espolón. Allí observé los andamios de la estación eléctrica y deambulé un poco. Las huertas, ya vacías, comenzaban tras la tienda más lejana y en sus vitrinas, igual que antaño, vi unas velas que colgaban. También estaba la viejecita de algodón, ahora cubierta de hollín cual deshollinador. Había moscas muertas pegadas a ella. El arándano rojo que tenía en una cesta a la espalda blanqueaba. Me sobrecogió una agradable nostalgia y me alegré de sentirme ya un adulto que «recuerda momentos de su infancia».

Maman se encontró en los baños con Alexandra Lvovna. Se había casado con el doctor Váguel.

—Aún no se ha curado totalmente de la cabeza y a veces tiene comportamientos extraños —le contó ella.

No habían celebrado una boda por la iglesia. Se habían casado por lo civil en una discreta ceremonia en Griva-Zemgallen.

Nosotros nos reímos satisfechos.

Sofronychev hizo novillos varios días: salía de casa por la mañana y no venía a la escuela. Después se descubrió que el profesor de literatura había ido a ver al comisario de policía. Juntos azotaron a Gregoire con una cuerda.

Yo pensé que quizá después de esto Natalie se sentiría incómoda sentándose con él en el palco del comisario.

«Serge», escribía yo durante las clases en hojas arrancadas del cuaderno, «me he dado cuenta de que me estoy haciendo como los mayores. A veces ya recuerdo momentos de mi infancia. Me parece que los demás también lo notan. Por ejemplo, nuestra cocinera Eugenia, cuando *maman* no está, parece cada vez más interesada en venir a mi habitación y charlar conmigo».

Le escribí sobre lo que ella me contaba de Kanátchikov, que debajo de su casa tenía un hijo encadenado y que ese hijo era tonto, y también de la portera Annushka, que durante las maniobras militares acompañaba a las tropas y les vendía comestibles, y cuando las maniobras terminaban también ganaba algo de dinero con las tropas, pero Kanátchikov se enfadaba y la reñía si iba gente a verla a casa.

«Serge», escribía yo, «¿Sabes? Te escribo esto en clase de aritmética. De todos modos nunca se me ha dado bien. Me pregunto si no será porque no logro distinguir las cifras pequeñas de la pizarra. Por eso no consigo seguir la clase».

«Leo mucho. Ya he leído a Dostoievski dos veces. Me gusta, Serge, porque escribe muchas cosas graciosas».

«¿Has oído, Serge, que al parecer Chíchikov y todos los habitantes de la Ciudad de N y Manílov eran unos canallas? Nos están enseñando esto en la escuela. Yo me he echado a reír al oírlo».

«Serge, ¿qué dirías tú de una persona que a) se hace la importante y b) va al teatro sin pagar por enchufe?».

Rompía mis cartas después de terminarlas y tiraba los pedazos detrás del armario porque no tenía dinero para sellos y *maman* las habría leído antes de enviarlas.

«Serge», escribía yo de nuevo, «¿No habrás visto luchadores? A mí no me importaría verlos, pero ya sabes, *maman* oyó en alguna parte que es algo burdo».

Durante las fiestas navideñas se celebró en la escuela un baile estudiantil. En el gimnasio, decorado con abetos, había multitud de lámparas encendidas. Entre unas estufas se encontraba la orquesta militar, que tocaba bajo la dirección de Schmidt. *Madame* Strauss quiso escuchar de cerca, así que se aproximó a las estufas y se quedó allí atenta, sosteniendo en las manos la azucarera que había ganado en la rifa.

Unos actores de teatro salieron al escenario y recitaron versos. *Mademoiselle* Yevstignéieva cantó. Tocó también Schúkina, la directora de Formación Musical para Todos, y mientras lo hacía balanceaba la pluma que adornaba su cabeza. Yo me pregunté si sería la hija de aquellos «consejeros de estado Schukin y Schúkina» sobre cuya lápida me había sentado a esperar al señor y a la señora.

Se anunció un intermedio para abrir los postigos y retirar las sillas. Entre los que trajinaban estaba Lieberman. Estaba muy engalanado con su uniforme, su espada y su lazo de oficial. Yo me acordé de Sophie, que era de su misma edad y en el pasado había hecho una gran interpretación junto a él de un drama, y me entristecí: pobrecita, ahora ya parecía veinte años mayor que él.

Cuando hubieron recogido todo, los bailarines comenzaron a girar al son del vals. Karl Pferdchen danzaba en círculos con su hermana Edith. La mujer de Conrad von Sasaparel salió a la pista con Bodrévich, el editor del periódico *Dvina*. Natalie, sonrojada, aceptó la invitación de Gregoire, que se le había aparecido de un salto. El profesor de literatura, cuando yo pasaba por su lado, le guiñó un ojo. Él sonrió satisfecho. Me dieron una carta de «Correos de Cupido».

—¿Por qué está usted tan pensativo? —me preguntaba alguien.

Intrigado, me puse a observar todos los rostros y, al igual que Chíchikov, me esforcé por adivinar quién me había escrito. En aquel momento reparé en L. Kusman y salí corriendo.

No regresé a casa de inmediato, sino que me paseé por el espolón. Ilusionado, saqué del bolsillo la nota que había recibido en el baile y volví a guardarla. La temperatura disminuía y comenzaba a helar, y ante mis ojos las nubes se dispersaron y se abrió el cielo oscuro lleno de estrellas. Dos trineos que avanzaban sin prisa me adelantaron.

—¿Tienes tabaco? —preguntó el *muzhik* de detrás al de delante.

Me sorprendió descubrir que los *muzhiks* conversan, igual que nosotros.

Guardé bien la carta y de vez en cuando la volvía a leer durante minutos que yo consideraba poéticos.

Se acercaba la primavera. Los Karmánov me escribieron invitándome a pasar el verano con ellos. Prometían venir a buscarme. *Maman* me hizo calzoncillos a rayas.

Aquel invierno vimos a un miembro de la Duma estatal. Kanátchikov estaba haciendo una inspección para ver qué reparaciones había que hacer. Estaba palpando los marcos junto a la ventana cuando de repente pasó un miembro de la Duma en un trineo tirado por un gran caballo gris y cubierto por una red de color oliva. Kanátchikov nos llamó de un grito. Corrimos hacia él y llegamos a ver una mejilla gallarda y una barba negra.

—Es uno de los nuestros, de la extrema derecha —nos informó Kanátchikov. Nosotros sonreímos encantados.

Karmánova aún tenía algunos asuntos de los que encargarse en nuestra ciudad. Vendía un terreno hipotecado que había recibido en propiedad. Por esta razón pasó varios días en nuestra casa.

Serge y yo fuimos juntos a Shavskie Drozhki. La orquesta tocaba, como siempre. Desde los baños llegaba el sonido de chapoteo. La vid que crecía sobre el río estaba en flor.

—Serge, ¿te acuerdas? —dije yo—. Nosotros fuimos felices aquí.

El viaje en tren fue largo. Por la mañana nos levantamos de un salto para ver el alba. Hacia el final del día las nubes adoptaron forma de montañas rodeando agua.

Cuando llegamos a Sebastopol, contemplamos rápidamente la catedral, el paisaje y, antes de que cayera la tarde, partimos en barco. Por el camino sufrimos mareos. Atracamos tarde y en la oscuridad no pude ver ni la mezquita ni la iglesia. Pero las conocía desde hacía mucho tiempo gracias a la postal de *Saludos desde Eupatoria*.

Nos sentaron en un bote. Yo me mareé cuando descendía por la escalera de cuerda. «¡Ay, Vasia!», exclamé yo mentalmente. Alguien me agarró desde abajo.

Junto al muelle nos aguardaba Karaat enganchado a una *lineika*^[17]. Lo habían alquilado a un tártaro para el verano. El cochero, que en la *dacha* hacía las veces de administrador, cochero, jardinero y guarda, se volvió hacia Karmánova sujetando las riendas y comenzó a darle un discurso.

Los días pasaban monótonos: nos levantábamos; Karmánova, con su vestido de día, hecho de pañuelos, rojo y con estampados turcos, se ponía a dar vueltas entre el pabellón en el que nos alojábamos nosotros y la *dacha*; los panaderos llegaban con sus cestas; Karaat comenzaba a transportar a los veraneantes de la *dacha* a los barros y a la ciudad; Karmánova, de pie junto a la portezuela y con los quevedos puestos, apuntaba en un bloc de notas quién iba a dónde; el estudiante Alexándér Jalkiópov salía con aspecto lánguido al patio; nosotros lo saludábamos y nos íbamos con él a la playa.

Nos pasábamos toda la mañana junto al mar revoleándonos y agarrando puñados de arena para luego dejarla caer lentamente, granito a granito. Alexándér nos contaba cosas interesantes. Yo a menudo no entendía algunas.

—Eres un crío —decía entonces Serge—. Vete a jugar.

En Moscú había aprendido muchas cosas nuevas, cosas que yo nunca podría siquiera imaginarme.

Después de comer, Serge y yo salíamos a la sombra. Allí él leía *El conde de Montecristo o Los tres mosqueteros*. Los tomaba prestados de la biblioteca. Cuando terminaba de leer el primer libro y pasaba al segundo, yo comenzaba a leer el primero, pero no alcanzaba a leer el último, pues cuando lo terminaba Serge lo devolvía. Entonces yo recordaba el dinero de Chiguildeieva. Si pudiera disponer ya

de él, podría inscribirme yo mismo en la biblioteca y no depender de nadie.

Por las tardes las veraneantas se llamaban y se reunían en la terraza principal. En corrillo, envueltas en «velos» de gasa bordada con brillantes, se llevaban a Alexánder de paseo. Sus maridos se juntaban en la sala de billar. Los niños se sentaban en la tabla del columpio y se mecían en silencio. Serge y yo nos acercábamos y nos apoyábamos contra los pilares. Oscurecía. La mujer del ingeniero leía *Quo vadis* a la luz de una lámpara en su veranda. La cocinera y su pinche, sentadas en el porche trasero, también iluminadas con una lámpara, limpiaban las verduras del día siguiente. En el mar sonaba un barco a vapor. En ocasiones se oía no muy lejos cómo alguien comenzaba a tocar la trompeta. Entonces yo le cantaba en silencio:

«Barniz, cola, tiza, clavos y brochas». La *lineika* traqueteaba al acercarse al portón, Karaat trotaba y lo desenganchaban.

En un armario encontré un libro titulado *La vida de Jesús*. Me sorprendió. No creía que fuera posible dudar de la divinidad de Jesucristo. Lo leí a escondidas sin decírselo a nadie. «Entonces, ¿de qué puede uno estar plenamente seguro?», me dije a mí mismo.

Los nuevos huéspedes de la *dacha* se sentaron al sol largo rato nada más llegar y se quemaron. Les recomendamos que utilizaran Ideal, la crema de Petrova. Después íbamos a su tienda y nos daba una comisión. Con ese dinero pude terminar de leer los *Mosqueteros* y el *Conde* y ahorré dos monedas de veinte kopeks.

Pronto aparecieron las sandías y los melones. Comenzaron a alimentar a Karaat con las cortezas de éstos.

—Si no se las come es porque está saciado —decía Karmánova.

Un domingo Alexánder decidió viajar a la ciudad. Nos llevó con él. Nos sentamos en el bulevar. Chicas distraídas pasaban corriendo por nuestro lado. Entonces él extendía la pierna y ellas tropezaban. Serge hundía la cara en el pañuelo y se partía de risa. Entonces pensé que estaba demasiado cautivado por Alexánder y empezó a darme la impresión de que yo le era indiferente.

La dama caraíta Turshu, nuestra nueva huésped en la *dacha*, me pidió un día que le mostrara dónde vivía el quiromántico. Anduve con ella siguiendo los muros de piedra tras los cuales crecían pequeños albaricoqueros. Era morena, de párpados oscuros, y llevaba un vestido rosa y un velo verde.

—Charlemos —sugirió ella, y yo le hablé del asesinato del ingeniero.

—Por supuesto, no lo habrían matado si no hubieran tenido razones —dije.

El viaje de regreso de Eupatoria lo hice solo. La mujer del ingeniero me dio melón de Perekop para *maman*. Turshu me dijo adiós con la mano desde la ventana de su habitación y Alexánder, que estaba a su lado, asintió con la cabeza a modo de despedida. Serge se subió conmigo a la *lineika* y me acompañó hasta el barco.

Cuando llegué y salí de la estación a la plaza, la ciudad se me antojó extraña. En las calles no se veían árboles. Los cocheros llevaban ropas de invierno. Sus *drozhki* eran monoplazas. No se oía el rumor del mar. Me imaginé el embarcadero de *El conde de Montecristo*: las columnas, las estatuas y los peldaños que descendían al agua. «Serge, Serge, ¡ah, Serge!», suspiré yo por costumbre.

La catedral frente a nuestra casa estaba casi acabada. Sus cúpulas estaban cubiertas con toldos de lienzo, como si fueran tiendas de campaña. El cochero me dijo que ahí estaban los doradores.

Annushka estaba de pie al sol junto a la casa con una vieja y con su hija Fedka. «Quizás al contemplar estos toldos recuerda las maniobras militares», pensé yo. Ella hizo una reverencia y gritó algo.

Maman estaba en casa. En cuanto me vio por la ventana, salió corriendo y Eugenia, detrás de ella. Mientras me lavaba me interrogaron.

—¿Ves qué agradable es tener conocidos con recursos? —dijo *maman*.

Cuando terminó de preguntarme, comenzó a ponerme al día de lo que había sucedido durante el verano. El lugar donde se había celebrado la exposición había pasado a llamarse Parque Nikolái. Se había organizado allí una fiesta a favor de la Asociación Rusa Humanitaria. Schúkina vendía flores sentada en el quiosco y *maman* la ayudaba. El señor Siou la había visto y le había ofrecido asiento.

Maman, radiante, se asomó a la ventana. Yo me sentí preocupado. El primerísimo día nada más llegar ya me hablaban de Schúkina, a cuya academia iba Natalie los días impares, y del señor Siou. Pensé que podría tratarse de un presagio.

Yo salí a correr. A lo largo del espolón unos obreros sentados quebraban los guijarros del ripio para reparar la calzada. Ya estaban retirando los puentes y los puntales de la central eléctrica. El licenciado Jan Jutt se trasladó con su farmacia a una nueva casa propia. La entrada estalla decorada con un bajorrelieve de una lechuza.

Di una vuelta entre la academia de Schúkina y la casa de Janek. Si de pronto aparecía Natalie, tan bien educada, tímida, con la carpeta en la que ponía *musique*, yo le diría: «Buenos días tenga usted».

Entre los pupilos de la clase de segundo estaban Serguéi Mitrofánov, hijo del vendedor de artículos religiosos, y Shuster. Este último vivía en nuestra casa, así que los dos caminábamos juntos desde la escuela. Me contó que su hermano menor había sido expulsado porque ya había repetido dos años el primer curso y se había quedado en el tercero. El padre lo había zurrado y lo había enviado de aprendiz a la panadería Vostok.

Un día nos enteramos por el periódico *Dvina* de una desgracia acontecida a Alexandra Lvovna. Había muerto su marido, el doctor Váguel. Nos dio mucha pena por ella.

—Qué poquito ha podido disfrutar de la vida marital —comentó *maman*.

Fuimos al entierro. Allí nos encontramos con varios antiguos conocidos. Ahora estaban encorvados y tenían el pelo canoso. *Maman* les reprochaba que la hubieran olvidado completamente. Sonaba música. Yo caminé con Andréi, reconociendo juntos los lugares que habíamos visto el año anterior.

—Mira, aquí están el «barniz, cola,...» —decíamos—. Y que sigan ahí muchos años. «I. Stúpel».

En el cementerio, junto a la tumba de Karmánov, me vino a la memoria un recuerdo y lo compartí con Andréi. Cuando estaba en Eupatoria, a Serge le compraban un panecillo más que a mí y lo explicaban diciendo que el panecillo de más lo pagaban con el dinero de Serge. Rezagados de la procesión, nos echamos a reír.

Los Kondrátiev nos llevaron en el viaje de vuelta.

—Estos días se inaugura el teatro eléctrico —nos contaron, y nos propusieron ir juntos a verlo.

Comenzó a enfriar por las noches. Incluso en el aire cálido del día ya se empezaba a notar que en algunos sitios hacía frío de repente, como sobre los manantiales que a veces brotan en un río templado.

Una vez Eugenia entró en mi habitación con aire misterioso. Cerró tras de sí las hojas de la puerta, se giró y apoyó en ellas las manos. A continuación se acercó cautelosamente y me comunicó que habían encarcelado al hermano pequeño de Shuster. Había vendido la arpillera con la que se cubrían las amasadoras de la panadería Vostok.

En octubre ya habían terminado de construir la catedral. El día del santo del heredero la consagraron. Me gustó una imagen del iconostasio que mostraba a Jesucristo con el vino y con el discípulo amado apoyado en el pecho. Vasia me vino a la memoria. Enternecido, pensé en la felicidad que me traían los encuentros con él y en cómo me había ayudado cuando casi me caigo bajando por la escalerilla de cuerda al bote.

Por fin abrió el teatro eléctrico. Al principio nos sentamos un rato en el vestíbulo. En el centro de éste había un estanque en el que unos peces nadaban esquivando las plantas acuáticas. Desde el fondo se alzaba un escollo sobre el cual las figuras doradas de un niño y de una niña se cubrían con un paraguas. De la punta del paraguas brotaba agua que caía como si lloviera. No tuvimos tiempo de admirarlo, porque sonó la llamada y se abrieron los telones que cerraban las entradas a la sala de espectadores.

—¡Señores! —exclamé yo al ver las filas de asientos numerados y el lienzo en la pared—. Esto parece ser aquello que en la exposición llamaban fotografía viva.

—Sí —corroboró *maman*.

El teatro eléctrico nos gustó. Era barato y no quitaba mucho tiempo. Fui varias veces con *maman*, y también con los Kondrátiev. Nos gustaban los documentales de lagos, los dramas en los que una desdichada dejaba un bebé en la puerta de la casa de unos ricos, y las comedias.

—Hay que ver qué tontería —decíamos nosotros satisfechos.

Cuando se encendían las luces, yo miraba quién estaba en el palco del comisario de policía.

La joven que conducía a la gente a sus sitios una vez sentó a mi lado a Karl Budrij. No nos saludábamos desde aquella vez que critiqué frente a él la fe luterana. Se sentó sin dirigirme la mirada. Por el rabillo del ojo vi que tenía la cara roja por el viento y que le ardía la oreja. Su dedo estaba casi junto al mío y sentí su calor. «Karl», quise decirle.

El hermano pequeño de Shuster regresó de la cárcel-castillo y su padre no lo dejó entrar en casa.

—Has deshonrado a nuestra familia —dijo.

Era un hombre de buena presencia, con bigote, maquinista de ferrocarril, viudo, y su economía la llevaba *madame* Genig, a la que había invitado después de que el coronel Borbov muriera en Polatsk y ella quedara libre.

Caía la nieve. Kondrátieva llegó con Andréi por la nueva calzada y admiró desde la ventana la grandiosa catedral.

—Pero qué bella —nos dijo ella, examinándola.

Serguéi Mitrofánov pasó por la calle en un pequeño trineo. Lo conducía él. Yo me acordé de cuando en ocasiones había conducido a Karaat. Kondrátieva siguió a Mitrofánov con la mirada.

—Ese caballo está gordo —dijo, y *maman* le explicó que eso dependía del pienso.

Después tomaron asiento y nosotros las escuchamos durante un cuarto de hora.

—Menuda conversación de besugas —sentenció Andréi cuando nos alejamos de ellas. Volví a prometerme no volver a hablar con él nunca bajo ningún concepto.

Sofronychev empezó a traer a clase unos interesantes libros con dibujos en la portada titulados *Pinkerton*. Los dejaba leer por un kopek y yo también los tomaba prestados porque me quedaba dinero de las comisiones por la crema.

Un año atrás podría haber escrito en mis cartas a Serge que me gustaba cómo en aquellos libros llovía a cántaros y *Pinkerton*, después de tomar un baño, se sentaba junto a la chimenea con una manta y una copa. «Por fin puedo descansar», pensaba él. Pero de repente llamaban a la puerta y el ama de llaves corría a abrir echando maldiciones por el camino.

Pero ahora ya no escribía estas cartas. Igual que el demonio del libro *M. Lermontov*, estaba solo. Esta realidad se me hacía amarga. A veces, en la oscuridad, cuando por las tarde caminaba después de clase, pensaba: «Quizás ahora me

encuentre con alguien, Alexéi Karamázov o Myshkin, y nos conozcamos».

De nuevo se celebró en nuestro gimnasio un baile estudiantil. *Mademoiselle Yevstignéieva* cantó y *Schúkina* tocó la *Sonata Apasionara*. Volvieron a enviarme una nota. Yo volví a salir corriendo porque Estefanía Grikiúpel comenzó a saludarme y se dirigía hacia mí cruzando el círculo despejado para el vals, guiñándome con entusiasmo y haciéndome señas. Junto a la puerta estaba Ágata, la hermana de Gregoire, pálida y de pelo blanco, con la nariz de india y el rostro anguloso. Me miró expresivamente, movió los labios y giró la cadera como si no me quisiera dejar pasar. Esto me sorprendió, pues ella y yo no éramos conocidos.

El periódico *Dvina* volvió a publicar noticias de Alexandra Lvovna, que había ganado doscientos mil rublos en la lotería de Año Nuevo. Entusiasmados, nos apresuramos a felicitarla.

—El boleto era de él —nos contó—. No en vano tuve siempre el presentimiento de que algo bueno saldría de este matrimonio.

—Sí —asintió *maman*—. Recuerdo lo mucho que me alegré por vosotros.

Descubrimos además que planeaba trasladarse a un sitio frente al cual nosotros habíamos pasado el verano en una *dacha* cuando yo era pequeño y ella había venido de visita. Alexandra Lvovna aún no había olvidado lo mucho que le había gustado el aire de aquel lugar.

—Además —añadió—, la gente de allí es buena.

Cuando regresábamos a casa, recordé que también yo en algún momento había pensado que, si ganábamos, nos iríamos a vivir a N, donde la gente nos querría.

El hermano pequeño de Shuster volvió a caer prisionero y desde aquello lo dejaban salir en ocasiones; entonces se paseaba por delante de la casa y, de cuando en cuando, bajaba al sótano de Annushka, y volvían a apresarlo. Al principio *madame Genig* se asomaba y le daba comida por la ventana, pero el padre no lo permitió.

Las calles se volvieron oscuras. Durante el día desnevaba. Por la noche el cielo estaba negro y en él había una cantidad descomunal de estrellas. Yo sacaba con frecuencia las dos «notas de mujer». («¿Por qué está usted tan pensativo?») y «Usted no es como los demás») y las releía.

Las iglesias comenzaron a llamar como en época de ayuno. Fuimos a confesarnos. Mitrofánov iba delante de mí y yo escuché al padre Nikolái, iluminado por lamparillas, susurrarle algo sobre «la fantasía y la memoria».

Escribimos a la dama de Vítebsk para felicitarle por la Pascua. Como respuesta recibimos una postal con un cuadro titulado *Noli me tangere*. Ya nos había enviado esta ilustración anteriormente. En ella aparecía Jesucristo desnudo cubierto con una sábana y una interesante mujer de rodillas extendiendo las manos hacia él. Nos reímos un poco. Tras leer la postal, *maman* se echó a llorar.

—Cada vez nos quedan menos amigos —me dijo.

Resultó que era la hija de la dama quien nos escribía para decirnos que había muerto.

Antes de la Pascua terminaron de construir la iglesia católica. Era blanca con dos torres cuadradas y una Virgen en un nicho. Me gustaba sentarme por la tarde a contemplar cómo la luna desaparecía tras las torres y volvía a aparecer. El día del Corpus Christi vimos la procesión desde la ventana. Más adelante el *Dvina* publicó un reportaje sobre ésta y *maman* dijo que se debía «naturalmente a que Bodrévich es polaco».

Por fin terminó el año escolar. Una tarde calurosa *maman* me dio permiso para ir al río con Shuster. Él fue amable conmigo y quiso ofrecerme pipas, pero yo no acostumbraba a comerlas. Junto a la iglesia católica me contó que una vez un señor yacía con los brazos en cruz y dejó caer una billetera en la que guardaba cien rublos.

En el Parque Nikolái vimos al hermano menor de Shuster. Echamos a correr, pero nos alcanzó detrás de los huertos. Nos maldijo sin acercarse y nos arrojó piedras. Cuando se alejó de nosotros, nos sentamos a descansar en el borde de un foso.

—Qué canalla —dije yo.

Desde lejos podíamos ver los barracones. A ratos nos llegaba de allí el sonido de las marchas militares. Recordé la vez que Andréi y yo nos detuvimos junto al río, Lieberman se bronceaba y el ordenanza, igual que una lavandera, caminaba con una pala por el puente del lavadero.

A lo largo de ambas orillas del río las balsas estaban cercadas. Nosotros saltamos la valla, llegamos al agua y nos bañamos. Saltamos y chapoteamos, desfigurando con los pies el reflejo del cielo. Después Shuster me llevó a donde se bañaban las mujeres, pero mi visión era peor que la suya, por lo que veía a las bañistas borrosas y con manchas blanquecinas. No tardé en empezar a salir sin él, pues su compañía me incomodaba. Él no leía nada y me resultaba difícil pensar en temas de conversación. Me tumbaba solo sobre los troncos y escuchaba el agua chocar contra ellos. Leí las *Esperanzas* de Dickens y tuve la sensación de que a mí también me esperaba algo excepcional.

Un día llegó de Eupatoria una carta a cobro revertido.

—¿Qué es esto? —preguntó *maman* sorprendida al sacar recortes de periódico del sobre.

Intrigada, se sentó a leer y luego se quedó en silencio. Tiró la carta a la estufa y se

guardó los recortes. Los encontré una vez que no estaba en casa. «Una edad peligrosa», se titulaba uno de los artículos que hablaba sobre los jóvenes de quince años.

—Ajá —dije yo tras leerlo. Ahora me daba cuenta de que *maman* había empezado a vigilarme. Desde aquel día traté de comportarme de modo que ella no pudiera averiguar nada sobre mí.

Visitamos con Alexandra Lvovna el lugar al que quería trasladarse. Se llamaba Sventa-Gura. Desde la estación nos condujo un cochero que nos saludó diciendo «*bonjour*». Nos quedamos pensativos, abrumados por los recuerdos.

En las puertas de la casa de piedra bruta de una planta ya resplandecía un letrero con la inscripción *Viuda A. L. Váguel*. Sobre las tejas del tejado había una veleta con forma de flecha. Allí vivía antes el conde Mijas. Oímos que había muerto mientras rezaba.

El contratista iba por delante de nosotros abriendo las puertas. La reforma estaba casi terminada. Nos gustó especialmente el cuarto de baño con ventanas en la cúpula. Se accedía a él subiendo unos escalones.

Maman llevó a A. L. Váguel a casa de *frau* Anna, la viuda del doctor Ernst Rahbe, y yo salí a conocer Sventa-Gura. La plaza del bazar estaba rodeada de tiendecitas. Los letreros tenían ilustraciones firmadas por el artista M. Tsiperóvich. La casa del comerciante Mamónov era blanca y estaba decorada con postes alrededor de la puerta principal. Sobre la entrada a la farmacia de von Bonin, la mujer del farmacéutico estaba sentada con su hijo en un balcón de madera. Tomaban café. En el montículo que había tras el jardín de la farmacia se alzaba una iglesia católica. Tenía estatuas de ancianos agitados y tímidas doncellas distribuidas por la cornisa.

Fui a buscar a *maman*. *Frau* Anna dijo amable:

—¿Es este su hijo? Mucho gusto —y me ofreció *pfefferkuchen*.

La Asociación Rusa Humanitaria pronto se convirtió en la Hermandad Ortodoxa. El presidente era nuestro director y la vicepresidenta, Schúkina. La Hermandad organizó un concierto en nuestro gimnasio con Yevstignéieva, Schúkina, el coro de la catedral y un niño prodigio. Con la recaudación regalaron al padre Fiódor una cruz.

A. L. Váguel se marchó a su nueva casa. Durante casi un mes no tuvimos noticias de ella. Finalmente *frau* Anna, que había venido a llevar el certificado de viudedad a la tesorería, nos hizo una visita. Nos contó que A. L. había acudido al *paláts* pero la condesa se había negado a recibirla. A. L. planeaba fundar en Sventa-Gura una hermandad ortodoxa como la que teníamos nosotros y luchar contra los católicos. Desde que se había instalado, estaba construyendo una capilla en memoria de «la decapitación», la cual tendría pinturas por dentro y por fuera.

—Puedo imaginar lo bonita que va a ser —dijo *maman*, y a mí también me pareció que algo así debía de ser precioso.

Cuando la terminaron, A. L. nos la mostró. Nos subió a un automóvil y éste nos llevó rápidamente. La capilla era bajita y estaba decorada con una cabeza dorada con forma de sobera. A. L. nos enseñó a observar una pintura a través del puño. Vimos a Herodes, frente al cual danzaba su mofletuda hijastra con la mano en la cadera. Yo pensé que quizá también Sophie había bailado así para su padrastro. La cabeza de Juan Bautista yacía sobre un mantel entre panecillos y tazas, mientras que el cuerpo estaba tirado en una esquina. El cuello estaba rojo oscuro en la zona del corte y tenía un punto blanco en el centro. La sangre brotaba a chorros.

Nos quedamos en casa de A. L. hasta el último tren. Después de comer vino a verla desde la ciudad una *madame* y A. L. se puso a charlar con ella. «*Qui se ressemble, s'assemble*», murmuraba ella silabeando en el despacho. Más tarde llegaron muchos invitados: funcionarios de Sventa-Gura, jubiladas y veraneantes de las *dachas*. A. L. los alimentó y habló de «unión» y de «resistencia».

—Resulta interesante que tengan en el *paláts* un mástil y que no cuelguen de él ninguna bandera —señaló el administrador de correos Repnin.

A continuación hablaron de lo triste que es descubrir de repente que alguien está en contra del gobierno y *frau* Anna, que callaba con una agradable sonrisa, de pronto se estremeció.

—Recuerdo el año 95 —dijo—. Entonces la gente no tenía escrúpulos, eran como animales salvajes.

Después salimos al «parque». A. L. llevaba un sombrero de automóvil y en la mano sostenía una fusta. Marchamos a paso rápido tras ella por los caminos.

—¡El himno! —exclamó el administrador de correos Repnin cuando llegamos a la plaza principal donde había tablas. Todos se quitaron el sombrero. Los que estaban sentados se pusieron en pie. Unos farolillos de papel verde y azul crujían colgados de un alambre tendido entre los árboles. La orquesta de tres músicos dirigida por M. Tsiperóvich (el pintor) comenzó a tocar. Nosotros exclamamos «¡Hurra!» y nos regocijamos y pedimos otra y otra y otra vez.

—No entiendo por qué revolotean a su alrededor los hijos de Sourire y von Bonin —dijo *maman* cuando regresábamos sentados en el vagón mirando las estrellas por la ventana.

Yo no le dije nada. «Una edad peligrosa», pensé yo. «Lo entenderé cuando tenga quince años, de momento sólo tengo catorce».

Al cabo de varios días recibí una carta. *Maman* no estaba en casa, por lo que no cayó en sus manos. «Le ruego que acuda al bulevar», decía.

Cuando llegó la hora, salí inquieto. Aguardé en el portal porque vi a Gorshkova. Había engordado. Tenía una barriga enorme. Apenas capaz de moverse, ataviada con un sombrero de flores y una pelerina de encaje, caminaba hacia la catedral.

Cuando se alejó salí corriendo. *Madame* Genig estaba junto a un árbol y al verme

me abordó.

—Estaba observando el patio —me dijo, obstruyéndome el paso—, cómo cuelgan vuestras sábanas. Es todo tan bueno y abundante... —trató de tomarme de la mano—. Si los hijos de Shuster fueran como usted... —suspiró lánguida mirándome a los ojos.

Retrasado por los contratiempos, llegué corriendo al lugar de la cita. Allí encontré a Ágata. «Estupendo, que mire y luego se lo cuente todo a Natalie», pensé yo. Se la veía agitada, sentada en un banco y con los ojos abiertos como platos. Pasó Mitrofánov Charlé con él. Me contó que ya no volvería a nuestra escuela, iba a estudiar en la de comercio. Entendí que debía sentirse incómodo en la nuestra después de las conversaciones que tuvo con el padre Nikolái durante la confesión. Pensé satisfecho que a mí nunca me pillarían de ese modo. Volví a mirar a mi alrededor. Ágata se levantó bruscamente y volvió a sentarse. Me marché con Mitrofánov. Claramente, la dama que me había invitado allí se había ido sin esperarme. Me sentí disgustado.

Tras despedirme de Mitrofánov, tomé el camino de regreso por el espolón. Sonaban las campanas de las iglesias. Los trabajadores del saneamiento viajaban con gran estruendo en mi dirección. Me sorprendí al reconocer entre ellos a Ósip, el chico que estudiaba conmigo en casa de Gorshkova. Él también me vio, pero no se dignó saludarme. Aquella tarde por primera vez yo tampoco quise saludarlo a él.

Al final del verano sucedió una tragedia. Un jamón de cobre se desprendió y cayó sobre la cabeza de *madame* Strauss y la mató ante los ojos del director de orquesta Schmidt, que estaba con ella junto a la entrada de la charcutería.

El funeral fue muy solemne. Un agente de policía caminaba y obligaba a la gente a quitarse el sombrero. Tras él viajaba el pastor. Por detrás del coche fúnebre iba Strauss. Lo llevaban de la mano Jozes (el vendedor de pianos) y Jutt. Después iban *madame* Jutt, *madame* Jozes y la mujer de von Bonin, que había venido del pueblo. Tras ellas comenzaba la multitud. Entre ellos estaban Pferdchen, Zaks (el de las cerillas), Bodrévich, Schmidt, Griliches (el de las pieles) y el padre de Mitrofánov. Las campanas de la iglesia luterana tañían. Entristecido, yo observaba desde la ventana. Me imaginé que quizás en algún momento llevarían así a Natalie y, al igual que Schmidt hoy, yo iría por detrás, entre los extraños.

En el Te Deum, Andréi se puso a mi lado. Me alegré de no sentir ningún interés por él. Tomé apostura y me mostré independiente. «Dos tíos y un pájaro», me dijo señalando con la cabeza hacia el altar, donde colgaba una representación de la trinidad. Yo no le respondí.

Cuando nos marchábamos, el director me retuvo en el pasillo. Me invitó a participar como observador en el centro de meteorología. Me explicó que los observadores están exentos de pagar. Con los ojos fijados en su barba, imaginé cómo llegaría a casa y le daría la noticia a *maman* con tono casual en algún momento de la conversación. El director me dijo que Gvozdiov, de sexto curso, me mostraría qué debía hacer y cómo.

Esperé ansioso, como siempre antes de conocer a alguien, mi primer encuentro con Gvozdiov. «¿Podría ser él el Myshkin que siempre ando buscando?», me decía a mí mismo.

Un día por la mañana vino corriendo a mi encuentro en clase. Era un chico ágil y delgado de pelo negro y ojos verdosos. Aquella tarde parecía de primavera. Los árboles se mecían, soplaban una brisa cálida, los copos de las mullidas nubes volaban ligeros y las estrellas brillaban desde arriba. A ratos llegaba el olor del bosque. Gvozdiov me esperaba en una esquina. Yo le dije «buenas tardes» y me gustó la voz que me salió al decirlo: era grave, sólida, no era como mi voz de siempre.

Por el camino, Gvozdiov me contó cosas de la vida de los profesores y de la vida de Iván Moiseich y *madame* Golovniova. Él sabía algo de todos ellos. Yo lo escuché risueño.

Sin darnos cuenta llegamos hasta la escuela. Dentro estaba oscuro. La puerta rechinó y se cerró con un sonoro portazo. Nuestros pasos retumbaban. Una luz tenue se filtraba por las ventanas desde la calle. Los guardas estaban sentados en silencio en su puesto. Las puntas de sus cigarros brillaban en la oscuridad. Gvozdiov encendió una cerilla de las de Zaks. Sacamos del despacho de física un farol y un libro para anotaciones. Para llegar a la veleta subimos al tejado. La escotilla estaba rodeada de barandas. Nos detuvimos junto a ellas y escuchamos las voces que llegaban desde el bulevar.

Por el camino de vuelta a casa pasamos por delante de la casa de Jutt. El farol iluminó el bajo relieve de lechuza que había al lado de la entrada y Gvozdiov me informó de que todas las decoraciones de la casa las había creado Sepp, nuestro profesor de caligrafía y dibujo. Me contó que Sepp, Jutt y Matz, el profesor de alemán, eran de Tartu. En los días festivos los tres bebían cerveza, cantaban en estonio y danzaban.

Cuando nos despedíamos me pidió que le presentara a Gregoire. Ya solo, me puse a cantar con la melodía de «Barniz, cola, tiza, clavos y brochas»: «Gvozdiov, mi

querido Gvozdiov^[18]».

Estudié cuidadosamente los temas de conversación para nuestros próximos encuentros, leí a modo de ejemplo las conversaciones de *El Adolescente* con Versilov y repasé el libro de catecismo para recordar los pasajes graciosos.

Pero la charla para la que yo tanto me había preparado no tuvo lugar. Al día siguiente Gvozdiov se acercó a mí durante el descanso. Tenía una chinche en la chaqueta. Eso me echó para atrás.

Presenté a Gvozdiov a Sofronychev y se hicieron amigos. Gregoire incluso lo escribió en su Calendario. Una vez se lo dejó en la ventana del pasillo y me lo encontré. Lo hojeé y vi la nota:

«Mis favoritos:

Libro - *Balakirev*

Canción - *Por el Volga*

Héroes - Suvórov y Skobelev

Amigo - Gvozdiov».

Aquel otoño no asistí al santo de los Kondrátiev.

—Tengo muchos deberes para casa —dije—, y además tengo que acudir al observatorio meteorológico.

Empezaron las heladas. *Maman* me compró unos patines y me ordenó que me hiciera con un abono para la pista de patinaje.

—Es bueno para la salud —me dijo.

Yo sabía que lo había leído en el artículo sobre quinceañeros que Karmánova le había enviado en verano.

Yo tomaba los patines y, haciéndolos tintinear, salía con ellos, pero no iba a patinar sino que paseaba por el río hasta el recodo desde el que se veía Shavskie Drozhki a lo lejos, o iba a Griva Zemgálskaia, donde estaba la iglesia en la que se había casado A. L.

Cuando regresaba, a veces iba a la pista de patinaje. Allí, en el tablado, tocaba la orquesta bajo la dirección de Schmidt. Los faroles silbaban y ardían con un fuego lila. Los patinadores se movían dentro del recinto cercado por abetos. Los espectadores, sentados sobre el respaldo de los bancos, se mecían y charlaban con la música de fondo. Yo buscaba a Natalie y la observaba. Ella se sonrojaba y se movía veloz por el hielo con Gregoire. Agarrada a Gvozdiov, Agata, de baja estatura, apretaba y no se quedaba atrás. Karl Pferdchen, resplandeciente, patinaba dentro del círculo, hacía alguna pirueta y de repente se quedaba inmóvil con una pierna levantada y los brazos abiertos. Con el rostro pálido y la nariz ardiendo, Ágata se separaba de sus amigos y, con creciente frecuencia, comenzaba a pasar sola y a dirigirme miradas expresivas.

Allí reparé en una chica envuelta en un abrigo azul. Cuando yo llegaba, ella empezaba a dar vueltas cerca de mí. Una vez me lanzó nieve. Turbado y sin saber

cómo reaccionar, me puse en pie y me limpié con porte majestuoso.

Como siempre, durante las fiestas navideñas se celebró el baile estudiantil. Yo acudí con la esperanza de recibir, como siempre, una carta de «Correos de Cupido».

En el gimnasio, igual que en el bosque, olía a abeto. Entre las estufas, radiante, se encontraba la orquesta. Yevstignéieva, flacucha, cantaba al frente del tablado. Todo estaba como siempre, sólo faltaba *madame* Strauss.

Estefanía se acercó sigilosamente a mí.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo, tomando mi mano y estrechándola.

Entonces llegó la chica que me había lanzado nieve una vez en la pista de patinaje y Estefanía me la presentó.

—Está ansiosa por conocerlo —explicó—. Me lo pidió ya el año pasado, pero se esfumó usted.

La chica asintió con la cabeza para corroborarlo. Era una chica fuerte, pelirroja, de nariz griega y ojos estrechos. Descubrí que se llamaba Luisa Cougenau-Petroshka.

—Bueno, yo me marchó —dijo Estefanía. Saludó con la mano de forma teatral, nos miró de perfil, como una gallina, y desapareció. Luisa se quedó, resplandeciente. Pasamos juntos por el guardarropa y nos contamos las notas que teníamos en cada asignatura.

Ella me llevó del guardarropa a la sala de baile. Allí los caballeros y las damas bailaban una Haiawatha con los brazos cruzados cerca del pecho, haciendo ochos con los pies y brincando en círculos. Se acercaban saltando, se alejaban unos de otros de perfil y girándose, se acercaban de nuevo.

Natalie pasó bailando con Lieberman a dos pasos de mí. Estaba feliz. Sus ojos marrones miraban hacia arriba a la izquierda. Su pelo estaba ondulado y ahuecado como el de una mujer adulta, y en él había fijado una violeta.

Me dieron una carta de «Correos de Cupido». Decía: «¡Ajá!». Yo recordé las anotaciones de Kondrátiev en el *Zaratustra*.

Luisa estudiaba en el liceo Brun y me llevaba con ella junto a diversas alumnas de allí. La mayoría de ellas estaban repitiendo el segundo curso y eran mayores. Solían emplear casi todo el tiempo paseando en grupo al aire libre. Cada tarde me juntaba con ellas y trataba de llevarlas a los sitios en los que Natalie pudiera encontrarse con nosotros. Supe que ella iba a la Sala de Bodas y Bailes de Abraham, que estaba en la curva del espolón desde la que se podían ver tres cuartos del cielo, y desde allí admiraba un cometa con los Sofronychev. Empecé a llevar a mis acompañantes y, pataleando para que no se me helaran las piernas, me quedaba allí con ellas y deliberábamos sobre el cometa. Ellas lo veían, pero por alguna razón yo no logré vislumbrarlo ni una vez.

Recibimos una postal de los Karmánov. Me invitaban a visitarlos en *Maslenitsa* y ver Moscú. Decidimos que podía ir. *Maman* así se lo comunicó y me enviaron un billete gratis. Llegué a Moscú en mitad del deshielo. El aire estaba nebuloso como en la lavandería. Las nubes colgaban.

—A Arbat, a la casa de Chulkov —dije yo, tomando asiento en un trineo.

Las casas grandes se mezclaban con las casuchas y en los muros laterales tenían pintadas direcciones de hoteles. En las proximidades sonaban las campanillas del tranvía eléctrico. Se erguían iglesias coloridas con cúpulas brillantes. Los *muzhiks* se santiguaban frente a ellas en medio de la calle y hacían reverencias.

El cochero tomó una curva y nos hallamos al final de una cola de carretas con cañamo que ocupaba todo el ancho de la vía. Allí me encontré con Olga Kuskova. Ambos dimos un grito de alegría al vernos. Bajé de un salto y ella, tras comentar que yo estaba hecho todo un hombre, me prometió ir a la casa de los Karmánov.

Serge había engordado. Su boca se había vuelto carnosa y algo sombreaba ya el contorno de sus labios. Karmánova frotó sus quevedos con la punta de la chaqueta y me observó con interés; yo traté de adoptar un «aire impenetrable».

Sobre la mesa vi una fotografía cubierta con un cristal grueso: junto a su marido, rodeada simétricamente de sus tres hijos, una corpulenta Sophie de rostro aburrido se apoyaba en una barandilla tapizada con una tela de felpa con pompones. «¿Quién diría que ésta es la misma chica que hace poco se extendía hermosa a los pies de Lieberman representando con él una obra, esa que tanto maravillaba a los espectadores cuando tendía los brazos ante él, mientras que él se apartaba inexpugnable como si fuera Cristo en *Noli me tangere?*», pensaba yo embargado por la tristeza.

Serge me mostró las revistas *Satiricón*. Nunca antes las había visto. Me gustaron tremendamente y me costó mucho separarme de ellas cuando Serge insistió en llevarme a ver la ciudad.

Salimos a la calle.

—¿Sabía usted, Serge, que su mamá envió a la mía un artículo sobre los peligros de nuestra edad? —pregunté cuando nos alejamos de la casa de Chulkov. Serge se echó a reír.

—Es una gran amante de las obscenidades —dijo, y me contó que ella disfrutaba leyendo (en francés, para que él no entendiera) por ejemplo a Maupassant.

—¿Eso son lecturas indecentes? —pregunté, y él me guiñó un ojo.

Cuando regresamos me mostró el libro. Se titulaba *Une vie*. Tenía las pastas envueltas con un periódico que decía que por fin se había terminado el absolutismo en Turquía y que podía decirse que todos los Estados europeos eran ya constitucionales.

Por la tarde vino Olga Kuskova y nos contó un suceso de la vida de un intrépido y nos dijo que, al parecer, pronto trasladarían a los Belugin a Petersburgo. Serge y yo la acompañamos por el camino de vuelta y ella nos explicó cómo encontrar fácilmente su casa: tras el letrero «Casa de té y mesón para cocheros» había que tomar una curva y caminar hasta el «Mesón para cocheros y *dacha* del té». Me susurró a hurtadillas que al día siguiente me esperaría al anochecer.

Nos despedimos. Por la callejuela pasó en nuestra dirección una aristócrata montada en un carro tirado por caballos moros con un soldado en el pescante.

—Serge, ¿recuerdas aquella canción sobre *madame* Chorlito que me enseñaste? —dije yo. Nos pusimos de buen humor y recordamos algunas cosas. Lo que no rememoramos fue la amistad que hubo entre nosotros.

Al día siguiente hubo tortitas en casa de los Karmánov y después de comerlas me dio pereza ir a ver a Olga Kuskova. El día después yo me marché. Desde el carro vi la Osa Mayor.

—Preciosa —le susurré. Algo en ella me recordaba a la violeta que llevaba Natalie en el pelo aquella vez.

—Mi mamá desea que me dé usted clases —dijo Luisa, y acordamos que al día siguiente yo iría de la escuela al «despacho» y *madame* Cougenau-Petroshka me atendería sin esperar turno. Me puse a pensar qué hacer con el dinero que ganaría.

Por el camino, los gorriones brincaban y bebían en los charcos. En el bulevar, alrededor de cada árbol se derretía la nieve y se comenzaba a ver el césped cubierto por las hojas marrones del año anterior. En los letreros brillaban letras doradas. Junto a la entrada del sótano había una vara con un copo de algodón y su vendedora estaba sentada en una silla al sol tocada con un sombrero negro de terciopelo con una pluma; meciéndose, tejía una media con las manos enguantadas. En la esquina de la casa de Cougenau-Petroshka me alcanzó Ágata, que regresaba del liceo. Entró sigilosa tras de mí al zaguán y miró a casa de quién iba.

Cougenau-Petroshka me dejó pasar y, tras ofrecerme asiento, se sentó coqueta sobre la camilla dental. Tenía el rostro empolvado y con hinchazones, y el pelo chamuscado. Entornando los ojos, igual que había hecho Gorshkova la primera vez, se puso a regatear conmigo.

—Es costumbre hacer una rebaja a los conocidos —decía.

Al salir, desencantado, me felicité por no haber presumido ante *maman* demasiado pronto.

El hielo de la pista de patinaje se derritió. Se puso de moda llevar una rama de sauce en la mano. Empujados por los barrenderos, arroyos de agua fluían por los bordes de las aceras con gran estruendo.

—¡La primavera la sangre altera! —comenzaban ya a decir los caballeros entre risas.

Al parecer, se cumplían cien años del nacimiento de Gógol. En la escuela organizaron un acto. Durante la misa el padre Nikolái leyó un sermón en el que nos recomendaba «imitar a Gógol como hijo de la Iglesia». Después celebró una misa de réquiem. Cuando ésta finalizó bajamos al gimnasio, donde el director dijo algo citando la *Troika*. Los de séptimo curso recitaron algunos fragmentos. El profesor de literatura declamó una oda que había escrito él mismo. A continuación la entonaron los cantores.

Me sentí conmovido. Pensé en la ciudad de N, en Manílov y Chíchikov, y recordé mi infancia.

En la temporada de exámenes vino el «inspector de enseñanza» y lo vi en el pasillo. Era flaco y moreno, con una barba maligna como la de un rufián que salía en la portada de un *Pinkerton* titulado *El mal sino de las minas Victoria*. Suspendió a la tercera parte de los alumnos de sexto. En otoño yo estaría con ellos. Era posible que trabara amistad con alguno de ellos.

Volví a ir cada día a las balsas. Allí leía a Molière por consejo del bibliotecario. Por las tardes deambulaba como de costumbre con las alumnas del liceo Brun. A

nosotros se unía Luisa con su nuevo amigo. Ahora ella me trataba de forma satírica y me llamaba truhán, pues estaba enamorada de un estudiante de la escuela municipal de artes y oficios. Esto no gustó a las otras alumnas, todas las cuales la censuraban.

A veces, después de escribir mis «observaciones», me quedaba en el tejado de la escuela. Escuchaba cómo se admiraban los paseantes del bulevar. Observaba el crepúsculo vespertino, que oscurecía las complejas tuberías de la farmacia, y pensaba que quizás en ese momento el licenciado tomaba una cerveza y disfrutaba de la compañía de sus amigos.

Un día *frau* Anna vino a la ciudad y nos contó que ahora A. L. cada día después de comer se retiraba sola a la montaña y se quedaba hasta que salían las estrellas pensando en cómo hacer testamento.

Maman me llevó a Sventa-Gura. En el comedor de A. L. reparé en un cuadro que me resultó muy agradable. En él estaba pintada *La última cena*. Busqué el apellido del pintor y resultó ser da Vinci. Recordé los cuadros que había visto en una galería de Moscú y a Serge, maravillado con una representación de Iván IV mirando con ojos incrédulos el cadáver de su hijo asesinado.

Los pequeños Sourire y von-Bonin seguían revoloteando alrededor de A. L. Eran los primeros en ocupar la hamaca del porche y los sofás del salón. *Maman* decía que estaban muy mal educados.

Una vez, cuando vagaba al final del día, subí a la montaña y me topé con A. L. Estaba sentada encogida sobre un terrón con un sombrero y una bufanda y, envejecida, con la barbilla apoyada en un puño, pensaba algo mirando hacia abajo donde se veía el *paláts*. Pasando inadvertido, traté de hipnotizarla desde detrás para que me dejara a mí su dinero.

Recibimos una carta de Karmánova. Era bastante gruesa, por lo que cabía pensar que contenía algo indeseado. La abrí. Decía que Olga Kuskova se había mudado a Eupatoria y Serge vivía con ella, que «ya que él tiene ese temperamento, mejor que sea con ella que Dios sabe con quién», y que Karmánova incluso le hacía pequeños regalos a ella de vez en cuando. «A Serge le gustaba la publicidad», me dije enarcando las cejas ante el espejo.

Maman, tras desellar la carta, la leyó varias veces. De nuevo comenzó a lanzarme de reojo miradas perspicaces durante la comida y la cena. Yo temía que de repente se decidiera a decirme algo de la «edad peligrosa». Evitaba quedarme con ella y cuando lo hacía, trataba de cotorrear todo el tiempo para que no lograra decir ni palabra.

Fui con ella a Utochkin. Vimos por primera vez un aeroplano. Éste despegó de la tierra y, zumbando, subió e hizo diez grandes círculos en el aire. Asombrados, nos pusimos contentísimos.

Regresé a casa solo porque *maman* veía conocidos a cada instante y se detenía a hablar con ellos. Cuando más tarde llegó animada, se puso a criticar a cierto «opositor a la judicatura» cuyo padre había muerto y él lo había encerrado y se había paseado toda la noche por Shavskie Drozhki como si nada. Entonces yo le dije que

«naturalmente, pues quedarse sentado junto a un cadáver no es agradable». De pronto ella empezó a sollozar y chillar que por fin sabía qué esperar de mí.

Se pasó todo el mes siguiente secándose los ojos y suspirando cada vez que me miraba. Esto carecía de sentido y me resultaba indignante.

Pensé en Olga Kuskova y me entristecí. Era pesada y, cuando no la tenía delante, me recordaba a Sophie. Hacía bien poco que en Shavskie Drozhki, con un vestido por encima de la rodilla, nos había dibujado una «chica de perfil con un traje de Rusia Menor». También había amenazado impetuosa con el puño a la brigada punitiva cuando pasaba por el bosque junto a la vía del ferrocarril. Se aproximaba el Te Deum. Mis amigas y yo nos lamentábamos de que se terminara el verano. Una vez salió un día gris, oscureció temprano, comenzó a llover y nos marchamos a casa poco después de encontrarnos. Cuando nos despedíamos, Katya Golubeva me puso una castaña en la mano. Era muy tersa y me resultaba agradable sujetarla. Llovía silenciosamente. En la oscuridad olía a álamo. No fui a casa directamente, sino que giré al llegar a la valla y me senté en un banco. Nuestras ventanas, iluminadas, estaban abiertas. Kondrátieva estaba visitando a *maman* y yo oí sin esperarlo algunas cosas interesantes.

En Utochkin, donde *maman* había llevado un sombrero decorado con un racimo de uvas y plumas, estaba el coronel retirado Pistsov, al cual *maman* había causado una gran impresión. Él había enviado a Ivánovna, una exmonja (la misma a la que el año anterior Kondrátieva había dado a azotar las mantas), para preguntar cómo reaccionaría *maman* si él acudiera a su casa con una proposición.

—Traslade al señor Pistsov mi agradecimiento —había dicho *maman*—, pero me he consagrado a la educación de mi hijo y ya no vivo para mí.

Oí cómo empezó a sollozar y a decir que los padres sacrifican todo y no reciben ninguna gratitud de sus hijos.

—No puede imaginarse lo ultrajante que llega a ser su insensibilidad —se lamentaba ella.

Desde aquella ocasión traté de que los conocidos de mi madre no me vieran. Estaba seguro de que al verme pensarían: «¡Déspota! Ése es el niño que ultraja a su pobre madre».

En clase había doce repetidores, todos los cuales eran chicos fornidos. Decían que el inspector tenía la debilidad de suspender a los alumnos de buena apariencia. Ellos se hacían los importantes con nosotros, y el más importante de todos era Yershov. Era un chico moreno de ojos marrones, como los de Natalie. Su mirada era arrogante y me parecía misterioso. Me asombraba. Traté de acercarme a él. En la iglesia de la escuela me coloqué junto a él y, tras señalarle el icono con la cabeza, le dije: «Dos tíos y un pájaro». Él movió los labios y ni me miró. Yo saqué mi castaña (la de Katya Golubeva) y quise regalársela, pero él no la aceptó.

Salí del pase de lista con Andréi. Me reía sonoramente y hablaba bien alto, por si era Yershov quien acababa de adelantarnos.

Andréi me acompañó hasta casa y entró conmigo. Como siempre, abrió mi libro de texto de catecismo por el capítulo del *Monacato eremítico*: «El desierto, hasta

entonces inhabitado, de repente se llenó de vida. Una gran cantidad de eremitas lo ocuparon y en él leían, cantaban, ayunaban y rezaban». Él tomó un lápiz y un papel y dibujó a los eremitas.

Karmánova, que aún tenía algunos asuntos en nuestra ciudad, llegó y se quedó en nuestra casa varios días. Bondadosa, con una sonrisa agradable, entregó a *maman* una Biblia.

—¡Aquí ya hay de eso! —dijo ella.

Escuché algo a hurtadillas cuando las damas, radiantes, tras darse un abrazo se retiraron a la habitación de *maman*. Resultó que Olga Kuskovaya no seguía entre los vivos. Ella entendía mal su posición, y la mujer del ingeniero había tenido que mantener una conversación seria con ella. Pero ella se mostró susceptible. Fue al terraplén del ferrocarril, se echó un saco de lienzo sobre la cabeza y, colocada sobre los carriles, dejó que el tren de pasajeros la pasara por encima.

El tiempo que Karmánova pasó con nosotros fue bueno en tanto en cuanto *maman* se despreocupó de mí y no me lanzaba miradas dramáticas acompañadas de suspiros.

Aquel otoño empecé a dar clases particulares a un alumno de quinto. Era un chico fornido, más grande y gordo que yo, y hablaba con voz de bajo. A veces, cuando estaba con él, entraba su padre y me decía:

—Si le causa cualquier problema, hágamelo saber y le daré una buena tunda.

Me contó que se las propinaba en presencia de la policía, pues en casa el canalla vociferaba y los vecinos acudían corriendo. Entonces recordé a Vasia. La poesía de la infancia renació en mí.

Aquella época estaba muy ocupado, por lo que ya no tenía tiempo de pasear con las chicas. Durante el tiempo libre leía *El misántropo o Don Juan*. Me habían gustado en verano y, cuando el alumno me pagó, los compré.

Ese invierno no me sucedió nada interesante. Desencantado, enfurecido y asqueado, ya no sentía fascinación alguna por Manílov y Chíchikov. Ahora me burlaba de la amistad, me reía de Gvozdirov y Sofronychev, y de Jutt, el licenciado de la farmacia.

En los días festivos, desde mi sitio en la iglesia sabía que a diez pasos de distancia, al otro lado del pasillo, estaba Natalie. Al parecer mi visión había empeorado. No veía su cara, sólo distinguía cuál de las manchitas era su cabeza.

Sin darnos cuenta, nos plantamos en la época de exámenes. Una mañana, antes del examen escrito de matemáticas, llamaron inesperadamente a la puerta de nuestro apartamento y Eugenia me dio un sobre. En él, escritos con la misma caligrafía de las notas de «Correos de Cupido», estaban pegados los ejercicios del examen y las soluciones. El paquete se lo había dado a Eugenia un alguacil.

El terrateniente Jainovski, que tenía bigote e iba vestido con un abrigo gris con cordones como el que le había visto una vez a Strauss, vino a visitarnos poco después de los exámenes para llevarme a pasar el verano con sus hijos. Yo debía quedarme en la estación meteorológica y no pude ir con él.

Esto me dio mucha pena. Me parecía que quizás allí habría encontrado algo excepcional. Recordé que el otoño anterior un alumno me había contado que había vivido en casa de unos barones. Un primo de la baronesa había llegado desde Inglaterra. Había saltado con unos calzoncillos rojos desde la baranda del puente al estanque, y los barones vecinos, que estaban invitados, observaban sentados en el prado mientras les daban café.

Los días pasaban monótonos, igual que en el verano anterior y en el anterior a ése. En las vísperas de las fiestas a veces pasaba casi arrastrándose por delante de nuestra casa en dirección a la catedral Gorshkova, inflada, ataviada con un sombrero con plumas y mitones, empolvada, deslizando por el suelo el dobladillo de la falda. El hermano pequeño de Shuster de cuando en cuando se paseaba por delante de la casa silbando y mirando por las ventanas. Por las tardes, cuando la portera Annushka regresaba de algún sitio, en ocasiones traía consigo a un conocido. La vieja y Fedka salían para no molestarlos y, mientras ellos deliberaban dentro, ellas esperaban en la calle.

Una vez, dando un paseo, fui a parar a los barracones y me encontré con Andréi. Dimos una vuelta juntos. Como cuando yo era pequeño, nos cruzamos con las cocinas móviles. Tenían carteles pegados de *El ordenanza malhechor*. Las trompetas comenzaron a tocar la diana. Una estrella apareció en el cielo.

—Andréi, estoy leyendo a Serapión —dije yo, y le conté lo que había leído sobre los antiguos cristianos.

Nos lamentamos de cómo nos engañaban en la escuela y de que sólo lográbamos descubrir la verdad de manera fortuita.

Poseídos por el espíritu crítico, nos pusimos a hablar de Dios. Recordamos lo mucho que habíamos querido descubrir si Serge era el «niño terrible».

«La compañía de Andréi me agrada, pero no hay en él nada poético», me dije a mí mismo cuando regresaba, y recordé a Yershov.

A. L., igual que el año anterior, cada día después de comer se retiraba a la montaña y pensaba en cómo hacer testamento. *Maman*, para visitarla con más frecuencia, comenzó a pedirle prestado el *Mundo de Damas*. A veces, cuando terminaba de leer el número, me enviaba a mí a devolverlo.

A menudo lo abría en el tren y encontraba en él algo entretenido. Por ejemplo, que podemos influir en las emociones de nuestros invitados con el color de la pantalla de la lámpara. Cuando queremos despertar la pasión en nuestro invitado, debemos apagar completamente la luz. Entonces me entraban ganas de tener a alguien con

quien reírme, pero no tenía a nadie.

Las ancianas que solían estar de visita en casa de A. L. conversaban gustosas conmigo. Me preguntaban qué iba a ser de mayor.

—Va a ser médico —respondía A. L. por mí, ya que yo mismo no lo sabía, así que comencé a decir yo lo mismo. Desde mi asiento veía el cuadro de da Vinci, pero estaba lejos y no distinguía nada, y me daba vergüenza acercarme a él delante de todos.

Pensaba en el cuadro cada vez que pasaba por delante del letrero de la lavandera que planchaba, pues al mirar su escaparate el cielo se reflectaba en él a mis espaldas. Esto me recordaba a la ventana detrás de la mesa de *La última cena*.

El día de la Traslación de las Reliquias de Santa Eufrosina hubo una procesión con la cruz y *maman* fue a la catedral tocada con el sombrero que había impresionado al señor Pistsov el año anterior.

Regresó de la catedral resplandeciente y nos convocó a Eugenia y a mí a su habitación para contarnos todo.

—¡Ha sido precioso! —dijo, mientras se quitaba el vestido nuevo y se lavaba, con voz dulce, como si estuviera en casa de unos amigos—. Había muchas flores, y muchas damas han venido expresamente desde sus *dachas*.

Entonces mencionó como de paso que en la procesión había estado junto a la señora Siou y ésta había sido muy amable e incluso, al despedirse, había invitado a *maman* a visitarla en Shavskie Drozhki.

Finalmente partió hacia allí. Aquella tarde me pareció que el tiempo se había detenido. Me di un baño muy largo. Regresé a casa caminando lentamente. Hacía bochorno. Las nubes colgaban. Estaba oscureciendo. Resplandecían rayos silenciosos. En el Parque Nikolái había un gran bullicio entre los arbustos. Por las calles la gente reía a carcajadas en la oscuridad. La vieja y Fedka esperaban junto a la casa. *Madame Genig* caminaba de esquina en esquina. Al verme me retuvo y me dijo que aquel clima le hacía sentirse sola.

Me senté frente a una lámpara y leí largo rato. Eugenia aparecía de vez en cuando en la puerta. Al ver que yo no la miraba, emitía un sonoro suspiro y desaparecía un tiempo.

Maman llegó a las once y media. Llena de regocijo me mostró el libro que la señora Siou le había prestado. Se titulaba *¿Qué debemos hacer entonces?* Lo estreché contra mi pecho y lo acaricié, y *maman* me contó que la sirvienta de Siou estaba excepcionalmente adiestrada.

—¿Has visto a su hija? —pregunté por fin. Al parecer no estaba en casa.

Desde ese día *maman* se dedicó a adiestrar a Eugenia: le cosió una cofia y le ordenó que si tenía tiempo libre, lo dedicara a coserme medias de lana. Yo dije que no me las iba a poner, y *maman* sollozó.

Cuando volvimos a la escuela había un nuevo director. Tenía mejillas sonrosadas con venas purpúreas, era bajo, barrigón y sin cuello. Su cara estaba siempre alzada como si la hubieran colocado sobre un pequeño atril.

Formó una orquesta de vientos y nos ordenó llevar camisa en lugar de chaqueta. Mandó construir en la iglesia de la escuela unos escalones frente a los iconos. Encargó un púlpito y pronunció un discurso en el gimnasio encaramado a él. En aquel discurso descubrimos, entre otras cosas, la utilidad de las excursiones como excelente complemento a nuestra educación en la escuela.

Pasaron dos o tres días y el sábado Iván Moiseich vino a vernos antes de las clases para informarnos de que esa tarde iríamos a Riga.

Llegamos somnolientos la mañana siguiente y corrimos a una escuela a beber té.

Nos detuvimos junto a la estación y admiramos a los cocheros de furgones ataviados con sombreros y libreas ceñidas, pelerinas y galones. Sus caballos estaban enganchados sin arco. Los tranvías pasaban deprisa. Los árboles y las calles estaban mojados por la lluvia reciente. La ciudad era muy bonita y me resultaba familiar. Posiblemente se pareciera a esa ciudad de N a la que tanto había querido ir de pequeño.

En primer lugar visitamos la catedral y luego la principal iglesia luterana.

—*¡So sagt der Apostel Paulus!* —sermoneaba un pastor gesticulando desde un balcón.

Entonces se acercó a nosotros Friedrich Olov Estaba vestido de civil. En la mano izquierda sostenía un bombín y unos guantes.

Todos quedamos conmovidos. Nos dio la mano y, radiante, nos acompañó allá donde íbamos. Fue con nosotros a ver un zapato de Ana de Rusia en un club, un canal con cisnes, la orilla del mar... incluso se bañó.

—¿En serio habéis estudiado ya casi todo el curso de ciencias? —nos preguntaba maravillado.

Él y yo nos dimos un abrazo y recordamos nuestras conversaciones sobre la calle Podólskaia y sobre los *muzhiks*. Este encuentro se me antojó similar a una aventura sacada de un libro. Estaba contento.

Metidos en el mar, despojados de pantalones y chaquetas, de repente todos nos volvimos distintos de cómo éramos en la escuela. Desde aquel día comencé a ver a mis compañeros con otros ojos.

Después de Riga fuimos a Polatsk. De nuevo no dormimos en toda la noche, pues el tren partía al amanecer. Por la ventana del vagón vi por primera vez en la vida un bosque foliáceo de color marrón otoñal. Me acordé de dos versos de Pushkin.

Nos llevaron soñolientos a un monasterio y allí nos alimentaron con comida de vigilia. A continuación tuvimos que postrarnos ante las reliquias, tras lo cual nos dijeron que podíamos hacer lo que quisiéramos hasta tomar el tren.

El alumno Tarashkevich y yo encontramos un grifo junto a la estación y nos limpiamos los labios largo rato frotándolos con arena. Creíamos que se nos habían hinchado por las reliquias y que no podríamos quitarnos el asqueroso sabor que nos habían dejado.

Cuando terminamos, echamos a andar y llegamos a un callejón sin salida. Agotados, nos acostamos entre los carriles. Nos quedamos dormidos inmediatamente y nos despertamos cuando comenzaba a oscurecer. Nos levantamos de un salto y nos sacudimos mutuamente para entrar en calor y evitar el reumatismo.

En el vagón me senté junto a Tarashkevich y él me habló de su estancia en casa de Jainovski. Lo había llevado a pasar el verano después de que yo tuviera que rechazarlo. Me contó que a Jainovski le gustaba supervisar estudio y le asesoraba, y que obligaba a sus hijos a tumbarse en cruz. Además, de cuando en cuando iba a verlos y les ofrecía besarle el pie. Me alegré de no haber ido.

Los lunes a primera hora teníamos clase de jurisprudencia, y el profesor era el padre de Natalie. Era un hombre canoso vestido de civil, llevaba gafas, tenía una verruga en la frente y una barba como la de Petrunkévich. Yo no podía apartar la vista de él. Me parecía que en sus facciones podía descubrir las de Natalie y las de la *madonna* de I. Stúpel.

A nuestro director le gustaba celebrar todo solemnemente. Se instalaron para un acto tablas en el gimnasio. Sobre ellas colgaba un cuadro de Sepp, el profesor de caligrafía y dibujo. El cuadro representaba la resurrección de la hija de Jairo. Tocó nuestra nueva orquesta y el coro cantó. Algunos alumnos entrenados por los profesores de literatura subieron engalanados uno tras otro los escalones y declamaron, y entre ellos sobre las tablas me encontraba también yo.

Me aplaudieron. Karl Pferdchen me estrechó la mano y me felicitó. La presidenta en funciones de la Hermandad me hizo señas para que me acercara. Me comunicó que iba a pedir al director que le permitiera llevarme con ella para actuar en un concierto a favor de la Hermandad que tendría lugar durante la vigilia. Pésaj Leizerach me abrazó.

—Eres un poeta —declaró.

Desde entonces comencé a llevarme bien con él.

Cuando salí a caminar aquella tarde resultó que me había hecho famoso. Las chicas me estrechaban la mano con reverencia.

—Ya nos hemos enterado —decían. Entre ellas vi a Luisa, que se había unido al grupo con sigilo.

—Me gustaría tener una conversación familiar con usted —me dijo, y halagó mi tenacidad durante el regateo con su madre hacía medio año—. Salta a la vista que tiene usted un gran porte —añadió lisonjera.

Mi historia llegó a oídos de la anciana Tichter, «la nueva alemana». Me contrató para dar clases a su hijo. Tenía mi edad y era imbécil, y pronto tiré la toalla con él. Me dijo en varias ocasiones que era una pena que Pushkin hubiera muerto asesinado

y una vez me pasó un fajo de papeles con poemas. Los había escrito él mismo.

Los llevé a la escuela y se los mostré a algunos compañeros. Nos reímos. Yershov me abordó inesperadamente y me los pidió hasta la tarde. Prometió devolvérmelos en las Vísperas.

Salí de casa antes de lo necesario y al llegar a la escuela di la vuelta. Decidí ir a ver con quién me encontraba.

Me encontré con mucha gente, pero no me paré a hablar con nadie sino que seguí caminando hasta que por fin vi a Yershov. Él me saludó riéndose y sacó del bolsillo los poemas. Echamos a andar a paso ligero. Ya en la iglesia nos mirábamos el uno al otro y, ocultándonos tras las espaldas de quienes estaban delante para eludir la mirada de Iván Moiseich, nos desternillábamos de risa en silencio sin despegar los labios.

Después caminamos por las calles y hablamos de libros. Yershov me recomendó a Chéjov.

—¿Ése es el que critica a los telegrafistas? —pregunté yo encogiéndome de hombros.

Él me trajo *La estepa* a la escuela y yo la empecé a leer ahí mismo. Me quedé sorprendido. Al leerla, me parecía haberla escrito yo mismo.

Traté de que no perdiera el interés por mí. Recordé que en *El adolescente* salía algo sobre una parte indecorosa de *Confesión* y lo saqué.

—Toma, léelo —le dije.

Y de nuevo salí temprano a las Vísperas, me volví al llegar a la puerta de la escuela y caminé hasta verlo.

—¡Qué tipo! —exclamó entusiasmado, y supuse que hablaba de Rousseau. Exaltado, tomó mi mano, la elevó y la estrechó contra su cuerpo. Yo la retiré suavemente. Llevaba el abrigo de su hermano mayor, que había terminado la escuela el año pasado, y le quedaba un poco pequeño. Me parecía que había en ello algo de adorable. Le di el *Club Pickwick*, le dibujé una dama que llamaba a sus amables invitados a la mesa y a los ancianos que habían reavivado el desierto con su aparición.

En las notas que le enviaba durante las clases incluía cosas de catecismo o de literatura, por ejemplo: «La mejor transmisora de educación cristiana es la mirada. Por eso es el deber de las madres educadoras dirigir ésta a sus vástagos y expresar en ella los tres sentimientos principales del cristianismo» o «esta chica de alma sensible se cansó de la realidad y se entregó al ideal». Después lo invitaba a pasear conmigo por la tarde.

Un día caminamos lentamente desde el viaducto hasta la Sala de Bodas. El espolón estaba desierto, oscuro y misterioso. De vez en cuando nos caían gotas de los árboles. El camino estaba cubierto de hojas mojadas. Nos quedamos largo rato en el recodo. En las nubes se veía el resplandor de las farolas de la ciudad. A nuestros oídos llegó el ladrido de un perro desde Griva-Zemgallen.

Yershov me contó que la pasada primavera su padre había abandonado el servicio en la oficina de impuestos y se había comprado un terreno en Polatsk. Toda la familia vivía allí. Me habló poéticamente de la llegada a su hacienda de una dama polaca a la

que por la tarde acompañaban al embarcadero su padre y él con faroles. Me entristeció no poder contarle ninguna historia parecida.

En la ciudad vivía solo en casa del funcionario de oficina Olejnovich, el cual lo elogiaba en las cartas de confirmación de recibo del alquiler de la habitación. Además de Yershov vivía en su casa la preceptora Edemska. Ella suspiraba cada tarde mientras tomaba el té, pues otra vez no había tenido tiempo ni sabía cuándo lo tendría para acudir finalmente a la librería Oswiata y suscribirse para seis meses a *La Gaceta de los Dos Grosh*.

Yershov me contaba orgulloso mirando a su alrededor que su padre era vegetariano e incluso mantenía correspondencia con Tolstói; que cuando aún trabajaba en la oficina de impuestos visitó una destilería en la que habían colado vegetales cocidos en una marmita de carne y los comió sin saberlo, pero su espíritu pronto sintió que algo estaba mal y vomitó; y que en una ocasión vio en la calle cómo un oficial abofeteaba a un soldado por no darle el saludo militar y, conmovido, se lo había contado al volver a casa.

Me sorprendió un poco la pasión que Yershov sentía por su padre y me agradó descubrir que Yershov tampoco carecía de debilidades. Eso me cautivó aún más. Recordé mis cartas a Serge y pensé que si aún las escribiera, le diría lo siguiente: «¡Ah, Serge, qué feliz puede ser a veces una persona!».

Pero todo lo que Yershov encontraba atractivo en mí desapareció. Pronto empezó a rechazar mis invitaciones a pasear por la tarde y dejó de contestar a mis notas.

—¿Quieres enviarme a freír espárragos? —le pregunté en una ocasión en la que, como siempre, me había puesto a su lado en misa. Él, desdeñoso, no me dijo nada.

Aquel día caminé largo rato por delante de la casa en la que vivía. Comenzó a nevar. Olejnovich salió a la calle encorvado vestido con una capa con capucha y un gorro de funcionario. Le dio tiempo de ir corriendo a alguna parte y volver mientras yo aún estaba ahí. Tenía una barba de cabello ralo y corto, y su cara recordaba a la de Dostoievski.

La elegante dama Edemska pasó caminando desde una esquina hasta el portal con unos bollitos envueltos en papel amarillo y un saco con flecos cosidos en la base. Ya había llegado a casa. Dejó su porte juvenil y, encogiéndose, trotó abatida hasta la entrada.

Sentí las lágrimas brotar en mis ojos y me esforcé por no dejar que cayeran. Pensé que ya nunca sabría si la dama había logrado finalmente suscribirse al periódico.

Al principio albergué largo tiempo la esperanza de que la cosa pudiera arreglarse. Leí con celo a Tolstói y a Chéjov memorizando algunos pasajes y escogiendo lo que podría decir sobre ellos si de pronto las cosas volvieran a ser como antes entre Yershov y yo.

La mañana de un día nublado en el que colgaban nubes bajas y había chispas de lluvia en el aire nos enteramos de la muerte de Tolstói. Aquel día me decidí a probar suerte:

—Ha muerto —le dije a Yershov, tras sentarme a su lado. Él me miró y yo me acordé de Richter, cuando me había dicho que era una pena que Pushkin fuera asesinado.

Aquella tarde *maman* fue a visitar a Siou. Ella me contó con sumo respeto que al principio el señor Siou estuvo fuera de casa largo rato y luego había llegado con dos postales: *Tolstói se marcha de casa con una alforja y una vara y Tolstói baja volando del cielo y Cristo lo abraza y lo besa.*

Me comunicó que habían charlado sobre mí. Los Siou habían tenido la amabilidad de preguntar si a mí me gustaba bailar y ella había dicho que no y que era una lástima, pues quien baila no se llena la cabeza de diversas ideas, como se dice. Yo me sonrojé.

Dado que yo decía que quería ser médico, finalmente tuve que empezar a tomar clases de latín. Matz, nuestro profesor de alemán, lo impartía, y una vez por semana se anunciaba en el *Dvina*. Llegué a un acuerdo con él.

La cocinera me abrió la puerta y me hizo pasar.

—Espere un momentito —me ordenó.

Yo me puse de puntillas y observé un retrato de Matz que colgaba en la pared por encima del sofá junto con varios abanicos y tablillas con refranes. La imagen, dibujada por nuestro profesor de caligrafía y dibujo Sepp, tenía los ojos azules, la piel sonrosada y una perilla real y cabello erizado amarillos.

Apareció Matz en persona con una lámpara. La colocó y la giró para que pudiera ver bien el pájaro que había impreso en la pantalla.

—*Silva, silvae* —comencé a declinar sin dejar de mirarlo.

Después, Matz me explicó algo. Yo trataba de mostrar que no me estaba durmiendo y, para ello, de vez en cuando repetía tras él algunas palabras: «et sint candida fata tua» o «pulchra est».

En una ocasión leímos *De amicitia vera*. Él, soñador, pestañeaba y sonreía con agrado: era afortunado en la amistad.

Una vez, cuando volvía de sus clases, me encontré con Pésaj. Caminamos juntos. Nos detuvimos junto a la Sala de Bodas y, mirando a través de las ventanas iluminadas, escuchamos un vals. Hice un esfuerzo por no pensar en que hacía poco que había estado allí con otro acompañante.

Pésaj se encariñó. Como si fuera una doncella, me tomó de la mano y prometió darme por escrito la oda que nuestro profesor de literatura había compuesto el año anterior. Yo sólo recordaba el final:

«Los rusos hermanos del poeta lastimero Una urna invisible de lágrimas de conmoción A la altura inmensa, al Señor de los cielos Alzaremos unidos con palabras de adiós:

Sea eterna la gloria de Gógol».

—Entremos —propuso cuando, tras repetir estos últimos versos, accedimos al callejón en el que vivía. Fui con él y me dio la oda. Nos reímos mucho de ella. Podría haberla conseguido antes y entonces habría sido Yershov quien riera conmigo.

Se acercaba la Navidad. Los estudiantes se reunieron. Los vimos cuando llegaron durante el recreo largo. Disfrutábamos con la idea de que al cabo de un año nosotros también llevaríamos ese uniforme, acudiríamos a la escuela y nos reuniríamos en multitud frente a las ventanas del director y fumaríamos cigarrillos con aspecto independiente.

Apareció Gvozdiov. Ahora estudiaba en la academia militar de Vladímir. Había crecido inesperadamente, se había ensanchado, estaba casi irreconocible. De porte bravo, chocando las suelas de los zapatos contra la acera, se llevaba las puntas de los

dedos enguantados a la visera y alzaba la nariz, maravillando a las chicas. No se acercó a Gregoire y, cuando se lo encontró, lo trató con tono despectivo.

El día que nos dieron vacaciones vi a la elegante dama Edemska viajar al tren. Estaba sentada recta y con aspecto solemne. Un cesto con sus pertenencias yacía en el asiento contiguo del trineo. Quizá Yershov acababa de ayudarla a llevar ese cesto hasta la portezuela.

El primer día de Navidad el cartero trajo cartas. Eugenia nos las entregó, ridícula con su cofia blanca como una vaca montada en un sillín: Karmánova, Váguel A. L., *frau* Anna y otra persona felicitaban a *maman*. A mí no me había escrito nadie. Tampoco podía esperar cartas de ninguna parte. Por la ventana veía la nieve caer con fuerza. Quizás esa mañana cayera del mismo modo sobre la tierra en Polatsk.

Bliuma Kats-Kagan era rechoncha y bajita, y su cara se parecía a la del cochero de mejillas sonrosadas de la troika que había expuesta en la vitrina de la tienda Paraíso para los Niños. Había terminado sus estudios en el liceo Brun la primavera anterior y se había marchado a Kiev a unos cursos de odontología. Una cálida tarde en la que caían gotas de las cañerías, la vi al salir junto a la casa. Había venido a pasar las vacaciones.

—¿No habrá leído usted *Nat Pinkerton y la literatura moderna* de Chukovski? —me preguntó—. Aquel título me interesó. Había leído los *Pinkerton* pero, si trataba de literatura moderna, pensé que seguramente sería *La risa roja*. Imaginé cómo seguramente se burlarían de ella en ese libro y me entraron muchas ganas de leerlo.

Contemplé desde el espolón la casa de Janek. Alguien se movía en las ventanas de Siou. Quizá fuera Natalie. Se oía un vals procedente de la pista de patinaje. Señalé que ese día el hielo estaría blando y Bliuma secundó mi opinión.

—Pero no se trata de eso —declaró ella—. Recientemente he leído una novela interesante —y me habló de ella.

Un señor viajaba con una dama. Italia era lo que más les había gustado. No eran marido y mujer, pero se comportaban como si estuvieran casados.

—Bueno, ¿qué opinión te merece? —inquirió ella. Yo me sorprendí.

—Ninguna —dije.

Cuando nos detuvimos frente a la Sala de Bodas en la oscuridad y a nuestros oídos llegó el ruido de la central eléctrica, de la orquesta a lo lejos y de un ladrido de perro cercano y otro lejano, Kats-Kagan se desoxidó. Tomó mi mano y, en silencio, se apoyó en mi costado. Tuve que apartarme de ella. Le pregunté si se acordaba de cuando íbamos a ese lugar a mirar el cometa. Me respondió que deberíamos vernos en más ocasiones y me indicó cómo escribirle a la lista de correos: «K-K-B, 200 000».

A lo largo de aquel invierno Tarashkevich me invitó a su casa varias veces y yo acudí. Aparte de mí solían ir Gregoire y uno de los alumnos sobresalientes. Nos mostraba cómo resolver problemas de diversa índole. Luego nos daban de comer y nos ofrecían licor. En aquella época surgió entre nosotros la amistad. Al despedirnos,

nos quedábamos largo rato en el recibidor, nos reíamos mirándonos entre nosotros, comenzábamos a estrecharnos las manos una y otra vez y no lográbamos separarnos.

Llegué a sentir una ternura especial por Sofronychev. «Tú te ves a diario con Natalie y, al igual que yo, sabes por experiencia lo que es la traición de un amigo», pensaba para mis adentros.

Tarashkevich compartía banco con Shuster. Nos contó que Shuster iba a la calle Podólskaia. «Shuster», me dije abatido. Recordé que en el pasado no había encontrado en él nada interesante. «Qué poco sabemos sobre las personas, y qué erróneamente las juzgamos», pensé.

Salí temprano por la mañana y fui a esperarlo.

—Shuster —dije yo, tomándolo de la mano. Le pregunté de inmediato si aquello era verdad. Él, halagado, me lo contó todo. Iba los viernes, pues esos días había inspección. Él pedía los libros y averiguaba quién estaba sana. Las habitaciones no estaban tabicadas hasta arriba. Una vez, en la habitación de al lado había aparecido su hermano menor. Había escalado la pared y había emprendido una pelea con una silla. Desde entonces le habían negado la entrada.

—Si quiere ir allí, que al menos se comporte como es debido.

El padre Nikolái me cubrió la cabeza con el delantal negro y este año se interesó por si había cometido pecados carnales. Le pedí que me aclarara cómo se hace eso y él me dejó marchar sin insistir. Eché a correr felicitándome por haber superado el último ayuno de mi vida.

De nuevo tuve que actuar sobre el escenario el día en el que se celebraba la liberación de los campesinos. Recité mal los poemas para defraudar a la presidenta en funciones de la Hermandad y para que Yershov no pensara que yo era un completo idiota.

Pésaj me alabó.

—Ya les demostraste una vez que puedes hacerlo y con eso basta —me dijo. Ahora aprobaba todo lo que yo hacía, pero no era su aprobación la que buscaba.

Empezaba a sentirse que pronto llegaría la primavera. En el escaparate de Paraíso para los Niños ya brillaban pelotas en lugar de trineos. Los rostros de la gente comenzaban ya a tostarse. Yo dejé el latín.

—De todos modos no voy a lograr completar todo el curso —decía yo. Además, había comprendido que no quería ser médico.

En las clases de latín me dio tiempo a aprender, entre otras cosas, que *Noli me tangere*, la inscripción bajo el cuadro de Cristo en el desierto con la doncella a sus pies, significa «no me toques».

Una vez más la amenaza de los exámenes se cernía sobre nosotros. De nuevo nos echamos a temblar temiendo que apareciera el inspector de enseñanza. Nos alegramos al descubrir de pronto que alguien lo había matado con una piedra.

Se celebró una misa de difuntos. El padre Nikolái dio un sermón. Enseguida se publicó en el periódico una carta del médico que trataba al inspector. Al parecer, el difunto era un degenerado y un loco. Suspendía a los alumnos de buena presencia por sufrimientos personales. Esto había tenido que mantenerse oculto cuando estaba vivo debido al código de secreto profesional.

Los trabajadores del taller de Griliches se pusieron en huelga. A *maman* le hervía la sangre. Esto me sorprendió.

—Si supiera hacerlo iría yo misma y trabajaría para él unos días —me dijo.

Durante los exámenes, un día Tarashkevich vino a mí corriendo. En su casa nos esperaban misteriosos Grégoire y el amable alumno sobresaliente. Grégoire sacó un sobre y nos mostró un papel con ejercicios.

—Ahí los tenéis —dijo.

El alumno sobresaliente resolvió los problemas por nosotros. Otro día nos los pusieron en el examen.

Nos matábamos a estudiar. Dormíamos tres o cuatro horas al día y *maman* se atormentaba.

—¿Cuándo terminará todo esto? —decía.

Cuando se iba a dormir por las noches me traía un puñado de caramelos.

Por fin llegó el día en el que todo terminó. Recibimos los certificados. Desde el púlpito, sobre el cual había un vaso con lirios del valle, pronunciaron las palabras de despedida. Entre cabezadas y sobresaltos, yo abría los ojos por minutos y vi que después del director intervino el profesor de literatura. Avanzó el labio, se contempló el bigote y se lo estiró.

—¡Verdad, bien y belleza! —exclamó con su elocuencia usual.

Aquella tarde hice mi última anotación en el libro de observaciones. En el tejado bajo la veleta me quedé un rato, como siempre. Pensé en todas las veces que había estado ahí.

Cuando le dimos a Kanátchikov el dinero del alquiler me felicitó. No se marchó enseguida, sino que nos contó que su hijo se estaba volviendo loco porque no había aprobado el examen de acceso de tecnología.

—Ha aprobado todos los de ciencias, pero los rodapiés que pegan en las habitaciones han podido con él —nos dijo.

Todos se matricularon en alguna parte. Yo aún no sabía lo que quería hacer. Pregunté si existía algún lugar donde aceptaban estudiantes sin necesidad de exámenes y sin buscar notas altas en matemáticas, y resultó que sí. Compré un sobre de lienzo y envié en él mis documentos. No tardaron en enviarme una carta de aceptación.

Cuando fui a la comisaría por el certificado de lealtad política, me encontré allí a Vasia. Estaba apresurado.

—No, *madame* —dijo al paso a una solicitante insistente que había corrido hacia él.

Como siempre, lo miré con agradable desconcierto y, cuando desapareció, pensé que quizás en esos momentos se dispusiera a azotar a algún detenido.

Shuster fue a visitar a la hermana de su padre a la región del río Dvina en la casa del pastor, por lo que no nos vimos. Pé saj venía a verme a veces. Le escribí una lista con los días en los que *maman* tenía guardia. Una vez me mostró la oda que nuestro profesor de literatura había compuesto aquel año para la fiesta de la liberación de los campesinos. La leí sin interés. La escuela ya no era asunto mío.

Pé saj debía marcharse a América con su familia al final del verano. Ya estaba acostumbrándose a llevar bombín y en lugar de sus antiguas gafas llevaba unos quevedos con cinta. Un día que caminábamos juntos me retrasé medio paso y por casualidad me fijé en el cristal.

—Espera —dije, admirado. Tomé los quevedos de su nariz y me los puse. Ese mismo día fui al oftalmólogo y me puse cristales en la nariz.

Ahora veía con claridad los rostros en la calle, leía los números en los *drozhki* de cocheros y los letreros al otro lado de la calle. Veía todas las hojas de los árboles. Miré la vitrina de la tienda de loza y vi lo que había en las estanterías de dentro. Vi doce platos colocados en fila con dibujos de judíos en harapos y la nota «concedidos

a crédito».

Al otro lado del río me sorprendió poder ver gente, un rebaño y el molino de Griva-Zemgallen. Osip, el chico con quien había estudiado para el examen de acceso a la clase preparatoria, llegó a la orilla silbando.

Se quitó todo rápidamente y, con la piel morena al descubierto, se quedó con sólo un gorro redondo y corrió al agua sin quitárselo. Al pasar corriendo me miró por el rabillo del ojo. Quise saludarlo, pero no me atreví.

Caminé hasta la casa en la que vivía Yershov el invierno anterior. Observé la tracería de clavos en la puertecilla que él tantas veces había abierto. Ésta chirrió. En el umbral apareció Olejnovich encorvado. Llevaba la misma capa con capucha que aquella vez en invierno. En esta ocasión pude ver que el cierre de la capa lo componían dos cabezas de león unidas por una cadena.

Cuando oscureció aquella tarde vi que había muchas estrellas y que tenían rayos. Me paré a pensar que todo lo que había visto hasta entonces lo había visto mal. Me sentí interesado por ver de nuevo a Natalie y descubrir cómo era. Pero Natalie estaba lejos. Ese año pasaba el verano en Odessa.

POSTFACIO: TRES FORMAS (y MEDIA) DE LEER LA CIUDAD DE N

1. La novela de Dobychin ocupa un lugar complicado en la historia de la literatura rusa. Aunque se publicó en 1935, puede entenderse como uno de los últimos ejemplos del simbolismo ruso del *fin-de-siècle*, y demuestra que la tradición literaria inaugurada por escritores como Chéjov o Sologub no había sido aniquilada por entero por la experimentación de las primeras décadas postrevolucionarias. Joseph Brodsky comparó a Dobychin con Joyce y Proust, y de alguna forma *La ciudad de N* trata de llevar a cabo un ejercicio similar de memoria absoluta, de recreación pormenorizada del pasado, similares a los de *Ulysses* y *A la recherche du temps perdu*. Se trata de una novela cuyo objetivo es ofrecernos el retrato de un pasado que ya no existe, y los detalles que evoca el narrador, comenzando por los «pajes» —las «bandas elásticas» de la ropa de su madre que aparecen en el primer párrafo—, actúan como referentes de anclaje de una memoria que amenaza con disolverse.

2. Sin embargo, también debemos preguntarnos por qué dicha memoria se encuentra bajo amenaza. Joyce tenía el exilio como inspiración para su *Ulysses*; la mala salud de Proust y su consiguiente aislamiento forzoso actuaron como fuerza motriz para llevar a cabo su novela. Para Dobychin la situación es algo distinta: no se trata de que se viera excluido de la sociedad que quería narrar, sino de que dicha sociedad había sido destruida. Y ahí es donde cobra sentido entender *La ciudad de N* como una obra satírica. El crítico literario Borís Paramónov escribió que Dobychin era un autor que se había perdido todo lo ocurrido desde la Revolución, «o bien que pretendía habérselo perdido». Este aparente olvido, esta inconsciencia sobre unos hechos concretos —*La ciudad de N* es, al menos de forma superficial, una obra apolítica—, esconde una honda decepción con el país en que se había convertido Rusia a partir de 1917. A principios de la década de 1930, cuando se animaba a los artistas a escribir como si fuera posible construir el Cielo mismo en la Tierra, el narrador de Dobychin toma como su modelo, de forma accidental, la amoral Ciudad de N, el lugar en que se desarrolla la mayor parte de la novela de Gógol *Almas muertas*. Con su elección está haciendo hincapié en lo sencillo que es cometer el error de leer a Gógol como un escritor realista, que su sátira no era más que la simple y llana descripción de *cómo es Rusia*, y cómo será por siempre. En lugar de adoptar la línea soviética de que nuestros esfuerzos de hoy nos conducirán al futuro glorioso de mañana, Dobychin insiste en que nada cambia.

3. Pero la sátira corre el riesgo de ser considerada un género «menor». Es difícil que una obra satírica logre ser enteramente universal, y sólo cuando sale de su zona de confort, cuando deja de atacar de forma directa a sus enemigos, es cuando puede convertirse en algo mucho más rico y de mayor valor literario. Al igual que nadie lee *Don Quijote* simplemente por su ataque a las novelas de caballerías, nadie leerá, o

debería leer, *La ciudad de N* simplemente por la manera en la que desmantela algunas de las supuestas bondades de los primeros años de la época soviética. *La ciudad de N* debería ser entendida como una obra de arte. La comparación más obvia es con la pintura: *La ciudad de N* es una pieza de *puntillismo literario*, entendido como la técnica literaria en la cual minúsculos, «puros» detalles, equivalentes a los puntos de color utilizados por artistas como Seurat o Signac, van componiendo una imagen mayor. Después de leer *La ciudad de N*, y sobre todo después de releerla, el lector siente que se le ha entregado un tapiz completo de una sociedad en su totalidad, con sus costumbres y creencias, sus hábitos y en cierta medida sus esperanzas, en el espacio de menos de doscientas páginas. Una imagen que puede mirarse infinitas veces sin que se vuelva obsoleta.

[Bonus: Es posible, por supuesto, interpretar *La ciudad de N* de acuerdo con la vida de su autor. El escritor soviético Veniamín Kaverin fue uno de los más acérrimos defensores de su obra, y escribió en sus *Memorias* que el suicidio de su amigo debía verse como una afirmación de sus propias creencias, al igual que el *hara-kiri* lleva implícito el desaire a los que quedan vivos. Pueden encontrarse pistas en la novela que apoyan esta idea. Dobychin la escribió mientras sufría una presión psicológica insoportable: tras haberse pasado años intentando conseguir el permiso para mudarse a San Petersburgo, el entorno hostil que encontró una vez que logró introducirse en la sociedad literaria de Leningrado supuso una gran decepción. Las molestias correlativas a las variadas dificultades que puntúan la existencia de su narrador es algo que se repite tras la fachada, en apariencia tranquila, de *La ciudad de N*.]

Pero terminemos con un apunte más edificante, la historia de una amistad. Como tributo a Dobychin, Kaverin incluyó varios de sus relatos en sus *Memorias*, rotándolos con cada reedición de las mismas, de manera que Dobychin, cuya publicación estaba prohibida tras sufrir la denuncia del régimen de su obra y su posterior suicidio, pudo llegar a algunos lectores. Y su «redescubrimiento» en la década de 1990, la posición vital que Dobychin ocupa en el imaginario de la actual generación de escritores rusos, sus traducciones al alemán, italiano, inglés, y ahora a nuestro idioma, son claras señales de que este autor único ha sido vindicado al fin.

James Womack
Madrid, enero de 2014



LEONID IVÁNOVICH DOBYCHIN (Dvinsk, 1896-?1936). Publicó su obra por primera vez en 1924. Dos pequeñas colecciones de relatos, *Encuentros con Lize* y *Retrato*, vieron la luz en 1927 y en 1931 respectivamente, antes de que escribiera la que sería su única novela, *La ciudad de N*, que se publicó en Moscú en 1935. Al año siguiente desapareció tras la denuncia del Estado en contra de la misma, y dos meses más tarde se encontró su cuerpo en el río Neva. Nunca quedó claro si falleció suicidándose.

Notas

[1] Carruaje ligero monoplaza o biplaza de cuatro ruedas. *(N. de la T.)* <<

[2] Diminutivo dialectal de *skrin* (ckphh) «arca, cofre». (N. de la T.) <<

[3] Jalea a la que se ha añadido fécula. (*N. de la T.*) <<

[4] También conocida como *Semana de tortitas*, es una celebración religiosa y pagana de los países eslavos orientales que tiene lugar la semana anterior a la Gran Cuaresma y es la equivalente del Carnaval en los países cristianos occidentales. En ella se celebra el final del invierno. (N. de la T.) <<

[5] Bebida de centeno fermentada. (*N. de la T.*) <<

[6] Torta de Pascua rusa. (*N. de la T.*) <<

[7] Sopa típica rusa. (*N. de la T.*) <<

[8] Palabra antigua en desuso de la lengua rusa, vigente en la lengua ucraniana, que significa *palacio*. (N. de la T.) <<

[9] Juego de cartas ruso. (*N. de la T.*) <<

[10] El 1 de abril en Rusia es «El día del tonto», equivalente laico al Día de los Santos Inocentes en la cultura española. (N. de la T.) <<

[11] Casa de verano. (*N. de la T.*) <<

[12] *A. Siouy Compañía* fue una sociedad fundada en Moscú en la segunda mitad del s. XIX por Adolf Siou que se dedicaba a la elaboración de perfumes. (*N. de la T.*) <<

[13] Casa campesina de China. (*N. de la T.*) <<

[14] Apodo que se daba a los explosivos que utilizaban los revolucionarios. (*N. de la T.*) <<

[15] Apodo que se daba a los agentes secretos encargados del espionaje. (*N. de la T.*)

<<

[16] Vestidura litúrgica exterior que llevan los clérigos de la tradición cristiana oriental, equivalente a la casulla de la tradición cristiana occidental. (*N. de la T.*) <<

[17] Carruaje abierto con asientos laterales. (*N. de la T.*) <<

[18] El protagonista relaciona a Gvozdiov con la cancioncilla por la palabra *gvozd'* (ГВОЗДЬ), que significa «clavo» y, además de ser la raíz del apellido Gvozdiov, es uno de los elementos del letrero que había inspirado la canción inicialmente. (*N. de la T.*)

<<